

# En busca de los enigmáticos vigilantes de la montaña y el sotavento: nuevos hallazgos, hipótesis y preguntas en torno del patrimonio fortificado de Veracruz

Fecha de recepción: 31 de julio de 2018.

Fecha de aceptación: 25 de septiembre de 2018.

Desde la llegada de los españoles a las playas del Golfo de México, y hasta las primeras décadas del siglo xx, las costas y caminos del actual estado de Veracruz fueron los ejes que condicionaron tanto las políticas y proyectos de defensa de la Corona española y el gobierno nacional, como los planes de ataque de las potencias que, a lo largo del siglo xix, pretendieron hacerse del dominio de nuestro país. En consecuencia, hoy en día pervive en tierras veracruzanas un vasto y heterogéneo conglomerado de fortificaciones, edificios militares y vestigios que, a diferencia de lo que sucede en otras entidades, abarca casi todas las fases de conformación del Estado mexicano, cualidad que le da un carácter único e irrepetible y explica la indiscutible relevancia histórica y cultural del patrimonio fortificado de Veracruz.

*Palabras clave:* camino real, Veracruz, fortificaciones, arquitectura militar.

From the arrival of the Spaniards to the shores of the Gulf of Mexico to the first decades of the twentieth century, the coasts and roads of the modern-day state of Veracruz were the main factors that conditioned the Spanish Crown's defense policies and projects and the national government, as well as the attack plans of the powers that tried to take control of Mexico throughout the nineteenth century. As a result, a vast and heterogeneous conglomerate of fortifications, military buildings and vestiges has survived in Veracruz in contrast to the situation in other states. The fact that these defensive constructions span virtually all phases of the Mexican state's formation makes them unique and explains the undeniable historical and cultural significance of fortified patrimony in Veracruz.

*Keywords:* Camino Real (Royal Road), Veracruz, fortifications, military architecture.

20 | **D**urante mucho tiempo, las grandes fortalezas de San Juan de Ulúa y San Carlos de Perote acapararon el interés de la mayor parte de los investigadores dedicados al patrimonio fortificado de Veracruz, “por lo que, salvo algunas excepciones —como el baluarte de Santiago—”, el resto de los inmuebles permaneció en el olvido.<sup>1</sup>

\* Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

<sup>1</sup> Ortiz Lanz registra la existencia de sólo cuatro fortificaciones en la entidad veracruzana. José Enrique Ortiz Lanz, *Arquitectura militar de México*, México, Sedena, 1993. Sobre San Juan de Ulúa, véanse Francisco Santiago Cruz, *San Juan de Ulúa. Biografía de un presidio*, México, Jus, 1966; Leonardo Pasquel, *San Juan de Ulúa: fortaleza, presidio, residencia presidencial*, México, Citlaltépetl, 1969; Pablo Montero Soria (coord.), “Colección Historias de San Juan de Ulúa en la historia”, 6 vols., Veracruz, ICA/INAH-Conaculta, 1996-2006; Sara Sanz Molina, “Tres fortificaciones en Nueva España. Estudio arquitectónico-constructivo”, tesis de doctorado, UPC, 2002. Sobre San Carlos de Perote, véanse Miguel Sánchez Lamego, *El castillo de San Carlos de Perote*, México, Citlaltépetl, 1971; Jaime Ladrón de Guevara, “La fortaleza de San Carlos: restauración y propuesta de nuevo uso”, tesis de maestría, Xalapa, UV, 2004; Jairo Jiménez Sotero, “La fortaleza de San Carlos; icono de poder colonial. Siglo xviii”, tesis de licenciatura, Xalapa, UV, 2013; Hugo Rojas Castelán, “San Carlos de Perote. El arsenal de la Nueva España, 1770-1777”, tesis de licenciatura, Xalapa, UV, 2014; Paola Roldán Torres, “La fortaleza de San Carlos, Perote: de prisión a patrimonio cultural”, tesis de licencia-

Por fortuna, en fechas recientes varios académicos —sobre todo arqueólogos, arquitectos restauradores e historiadores del arte— han dirigido su mirada a estos recintos, enfocando su atención principalmente en los numerosos edificios ubicados a lo largo de la antigua ruta por Xalapa del Camino Real<sup>2</sup> y algunas de las fortificaciones e instalaciones militares construidas en el puerto de Veracruz<sup>3</sup> y las plazas circunvecinas.<sup>4</sup>

Lo anterior ha tenido como resultado la publicación de múltiples libros y artículos académicos y de divulgación, tesis y ponencias, que han venido a cubrir el “vacío” bibliográfico existente en relación con esta temática; no obstante, pese a la relevancia de estas aportaciones, persisten ciertas omisiones en cuanto a estos monumentos,<sup>5</sup> en especial respecto de los

---

tura, Xalapa, UV, 2015; Abraham Broca Castillo, *La fortaleza de San Carlos*, Xalapa, Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, 2017. Acerca del baluarte de Santiago, véanse Laura Román Abascal, “El baluarte de Santiago, un ejemplo del arte de la fortificación en Veracruz”, tesis de maestría, México, UNAM, 1999; Valeria Valero Pié y Antonio Mondragón, “El baluarte de Santiago: un ejemplo de arquitectura militar del siglo XVII construido ‘a regla de arte’”, en Jessica Ramírez et al., *Tecnología por barrido láser. Aplicada al estudio protección, conservación restauración y difusión del patrimonio cultural en México*, México, ENCRYM, 2018.

<sup>2</sup> Daniel Molina Feal, “El fortín de órdenes militares en Plan del Río”, en *Trabajos de Investigación en Monumentos Históricos*, Veracruz, Centro Regional Veracruz-INAH, 1985; Alfonso García García, “Proyecto de restauración y propuesta de uso del fortín de órdenes militares de Plan del Río, municipio de Emiliano Zapata, Ver.”, tesis de maestría, Xalapa, UV, 2006; Raúl Martínez Vázquez, “Puente Nacional en el siglo XIX: un ensayo de arqueología histórica”, tesis de licenciatura, Xalapa, UV, 2004.

<sup>3</sup> Sara Sanz Molina, “La ciudad de Veracruz (México) en 1765: estudio constructivo de los proyectos para su fortificación”, en *III Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Sevilla, 2000; Romeo Cruz Velázquez, “El derribo de la muralla, un proyecto urbano de modernidad (1868-1880)”, en *VI Congreso Internacional “Zona Metropolitana, Ciudad y Región Contemporánea”*, Veracruz, 2015.

<sup>4</sup> Israel Cano Anzures, “Restauración y revitalización del emplazamiento de Antón Lizardo”, tesis de maestría, México, ENCRYM, 2014; Martha Hernández Velasco, “La percepción social sobre Boquilla de Piedras, Antón Lizardo y Santa Teresa como sitios patrimoniales”, tesis de maestría, Xalapa, UV, 2016.

<sup>5</sup> Para Le Goff, “el monumento, si se remonta a los orígenes filológicos, es todo lo que puede hacer volver al pasado, perpetuar

ubicados en el trayecto entre Orizaba y el puerto de Veracruz —itinerario casi inédito—,<sup>6</sup> y los existentes en la zona Veracruz-Alvarado, que en conjunto con los del corredor Perote-Xalapa-Veracruz<sup>7</sup> representan un legado de incalculable valor histórico-cultural aún no debidamente aquilatado.

Por lo tanto, este trabajo pretende contribuir al conocimiento y difusión de un patrimonio hasta el momento poco estudiado y solventar, a partir de la información hallada en diversos repositorios nacionales y del extranjero, algunas de las imprecisiones existentes en varios de los textos que integran el estado del arte, así como describir en forma sucinta los procesos y acontecimientos político-sociales que motivaron la edificación de estos recintos, testimonio irrepetible del arte y la técnica de la arquitectura militar y de las distintas etapas de conformación del Estado mexicano.

Desde esta perspectiva, el artículo se estructura a partir de dos vertientes que discurren en paralelo

---

el recuerdo”. Jacques Le Goff, *El orden de la memoria*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 227.

<sup>6</sup> Salvo por lo dicho por ciertos autores decimonónicos (Bustamante, Orozco y Berra, Arroniz, Isassi, Naredo y Herrera) y algunos cronistas locales contemporáneos (Anaya, Rosas), son escasas las referencias a las fortificaciones existentes en la ruta por Orizaba del Camino Real/Nacional.

<sup>7</sup> Entre los trabajos enfocados en el estudio del patrimonio fortificado de la ruta por Xalapa del camino México-Veracruz, destacan Sara Sanz Molina et al., *Itinerario cultural. Camino Real de Veracruz a Perote*, Veracruz, Gobierno del Estado de Veracruz/UV/Ivec/H. Ayuntamiento de Perote/H. Ayuntamiento de Veracruz, 2007; Maura Ordoñez Valenzuela, “Construcciones militares y de acompañamiento en el Camino Real: tramo Veracruz-Perote”, tesis de doctorado, México, ENAH, 2008; Esther Hernández Palacios y Alberto Tovalín Ahumada (coords.), *Fortalezas históricas de Veracruz*, México, Secretaría de Educación-Gobierno del Estado de Veracruz, 2010; Dolores Pineda Campos, “The Rescue and Conservation of Cultural Itinerary Military Architecture of Veracruz, México Route-Xalapa”, en Milagros Flores Román y Dolores Pineda Campos (coords.), *Las fortificaciones americanas: investigación, preservación, gestión*, San Juan, 2015, pp. 191-202; Clío Capitanachi y Sergio Vázquez, “Camino reales de Veracruz: acceso al entorno natural y cultural de los centros urbanos”, en Manuel Criado de Val (coord.), *Actas del III Congreso de Caminería Hispánica*, Morelia, 1996, pp. 55-74.

a lo largo de sus páginas: la primera, fundamentalmente historiográfica, y la segunda, principalmente analítica, con base en algunos casos que ilustran las confusiones e interrogantes relacionadas con estos inmuebles y la presentación de algunas hipótesis explicativas, para lo cual el texto se divide en una serie de "etapas", atendiendo, más que a los procesos y acontecimientos históricos, a las características de las fortificaciones erigidas durante el periodo, como ocurre con las de la guerra de Independencia, que se han considerado aparte de las erigidas hasta finales del siglo XVIII debido a sus particularidades técnicas y tipológicas.

Finalmente, tal como se indica en el título, el interés de este trabajo se centra en el conjunto de inmuebles que permanece en pie y, sobre todo, en aquellos edificios que son apenas conocidos, por lo que resultan escasas las referencias a la obra de autores "clásicos" como Calderón Quijano<sup>8</sup> y Gorbea Trueba,<sup>9</sup> o a la de destacados investigadores como Arnal Simón,<sup>10</sup> Moncada Maya,<sup>11</sup> Ojeda Victoria,<sup>12</sup> González Aragón,<sup>13</sup> Cejudo Collera<sup>14</sup> y otros cuya labor se enfoca en los tratados de fortificación y los aspectos técnico-constructivos relativos a las fortalezas, la vida y obra de los ingenieros militares, o bien,

<sup>8</sup> José Calderón Quijano, *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, Madrid, Gobierno del Estado de Veracruz/EEHA-CSIC, 1984 [1953].

<sup>9</sup> José Gorbea Trueba, "La arquitectura militar en la Nueva España", *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 2, 1968, pp. 1-29.

<sup>10</sup> Luis Arnal Simón, *El presidio en México en el siglo XVI*, México, FA-UNAM, 1995.

<sup>11</sup> Omar Moncada Maya, *Ingenieros militares en Nueva España. Inventario de su labor científica y espacial. Siglos XVI a XVIII*, México, IG-UNAM, 1993.

<sup>12</sup> Jorge Ojeda Victoria, *Las torres de vigía en Yucatán: una manifestación histórica de la proyección hispana a ultramar*, Madrid, IHCN-Ministerio de Defensa, 2007.

<sup>13</sup> Jorge González Aragón et al., *Corpus urbanístico. Fortificaciones costeras de México en los archivos españoles. Arquitectura militar*, México, UAM/INAH-Conaculta/Embajada de España en México, 2009.

<sup>14</sup> Mónica Cejudo Collera, *La influencia del tratado de Lupicini en la arquitectura militar en la Nueva España*, México, Trillas, 2014.

a los recintos construidos a lo largo del periodo colonial, de los cuales no queda rastro alguno o que se ubican fuera del área de estudio.

### **Primera etapa: las fortificaciones del periodo colonial**

Desde su llegada a las playas del actual Veracruz, las huestes comandadas por Hernán Cortés se vieron obligadas a construir bastiones que no sólo los protegieran de las inclemencias del clima, sino de los ataques de la población nativa, funciones a las que poco después se agregaría otra de carácter simbólico, pero sin lugar a dudas mucho más significativa: la de representar el poder y la jurisdicción hispana en los territorios que paulatinamente iban quedando bajo el control de la Corona.

A medida que penetraban en el espacio mesoamericano, los expedicionarios fueron erigiendo numerosas edificaciones en las que todavía se apreciaba la impronta de la arquitectura militar de la época medieval; tal fue el caso de la casafuerte levantada por Cortés en 1519 en las cercanías de Quiahuiztlán, como parte del asentamiento hispano de Villa Rica,<sup>15</sup> y las primeras instalaciones (figura 1) levantadas en el islote de San Juan de Ulúa, núcleo primigenio de lo que siglos más tarde sería el majestuoso fuerte del mismo nombre, cuya edificación abarcó casi todo el periodo colonial.

Una vez consumada la derrota del Imperio mexicana y asegurado el dominio español sobre la mayor parte del territorio antaño controlado por los aztecas, los conquistadores se dieron a la tarea de construir múltiples recintos fortificados y edificios logísticos y estratégicos, primero en las costas y las poblaciones inmediatas y después tierra adentro,

<sup>15</sup> Jaime Cortés Hernández, "La Villa Rica de la Veracruz, espacio y tiempo", *Centenarios. Revoluciones Sociales en Veracruz*, año 2, núm. 10, mayo-junio de 2009, p. 13.

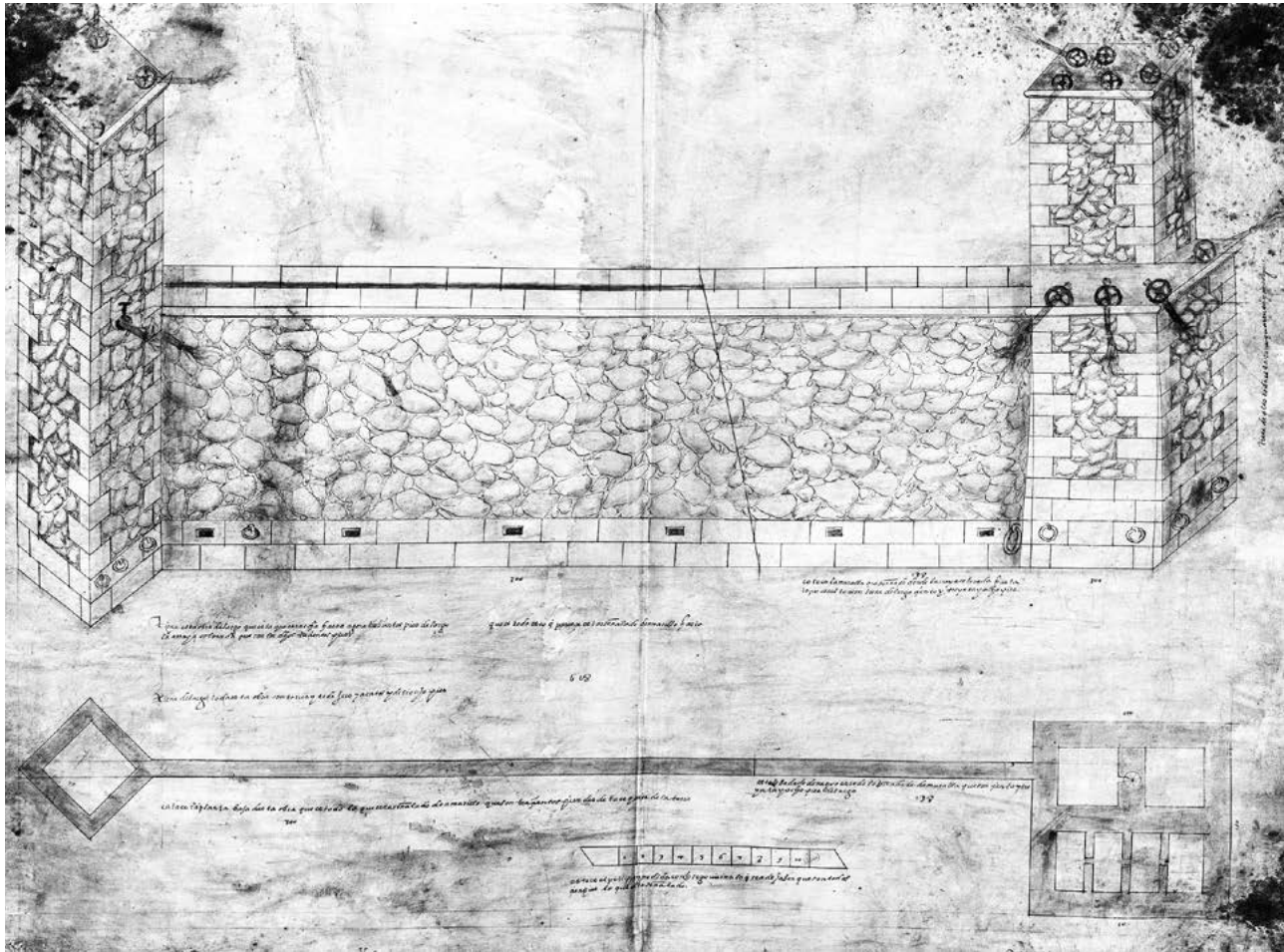


Figura 1. Cristóbal de Eraso, *San Juan de Ulúa*, 1570. Fotografía de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, G44 I4.V46:2C3 1570.C7.

cuya morfología respondía a una variada tipología constructiva de acuerdo con los propósitos de uso y las condiciones del terreno, pero, sobre todo, según la importancia económica y estratégica de la demarcación que resguardaban.

Lo anterior explica la marcada diferencia entre las fortificaciones del septentrión novohispano, conocidas como presidios, y las levantadas en las costas del Atlántico: mientras que en el norte del virreinato la gran mayoría de los inmuebles militares se erigieron a partir de un diseño en el que se hallaba ausente cualquier indicio de sofisticación, en los reductos de las costas del Golfo de México y las playas contiguas al mar Caribe se utilizaron de

manera prolija los principios de la poliortécica<sup>16</sup> y la areotectónica,<sup>17</sup> a partir de los paradigmas de las principales escuelas europeas de fortificación “moderna” o abaluartada.

Esta discordancia no era superflua, ya que obedecía al temor de los Habsburgo de sufrir un em-

<sup>16</sup> “Arte de sitiar, atacar y defender las plazas fuertes”. Alfredo Vera Botí, “La arquitectura militar del Renacimiento a través de los tratadistas de los siglos xv y xvi”, tesis de doctorado, UPV, 2001.  
<sup>17</sup> “Término de fortificación, que comprende la parte de la arquitectura militar que mira a los ataques y combates”. Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, t. 1, 1786, p. 144.

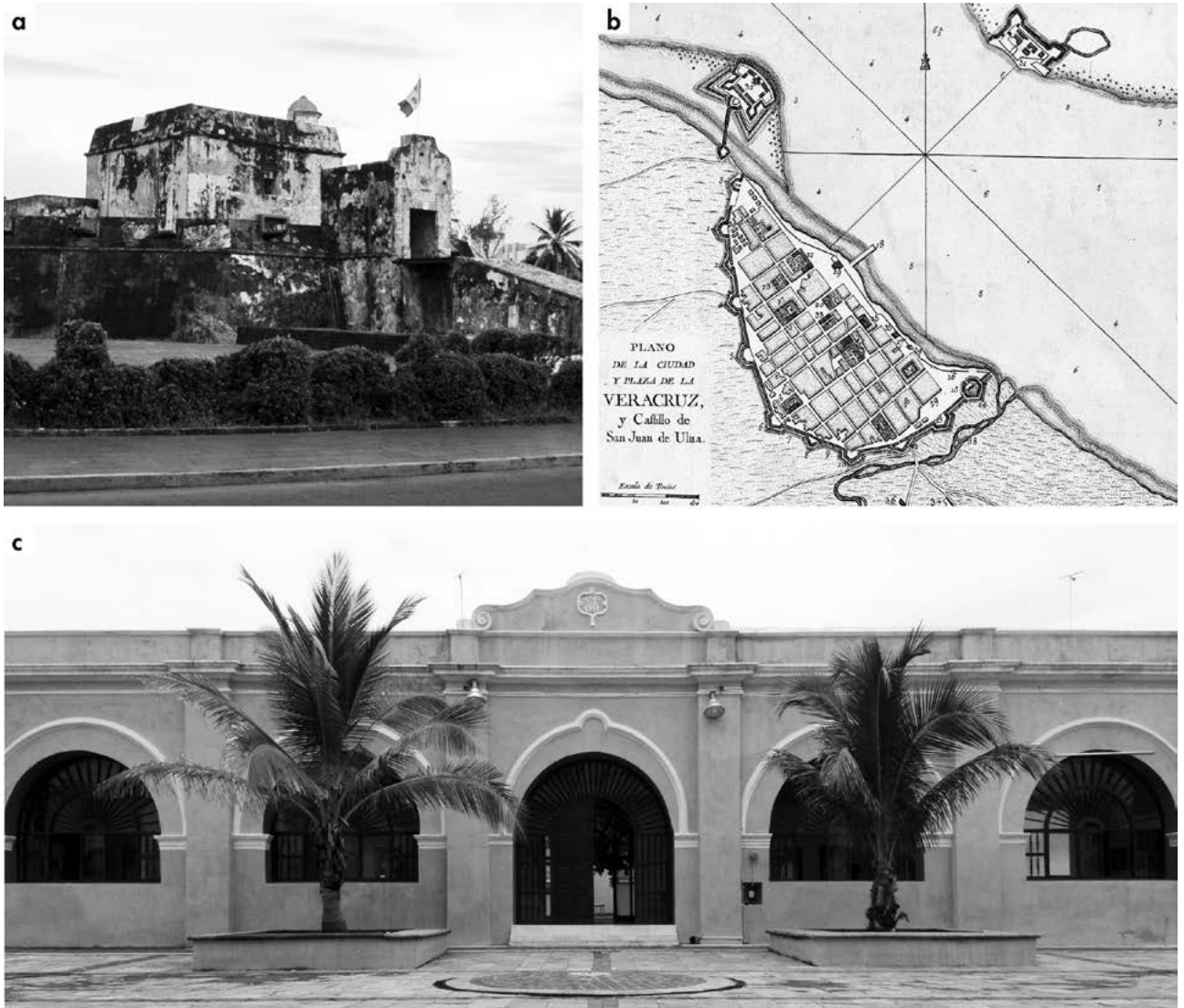


Figura 2. a) Baluarte de Santiago, Veracruz. Fotografía de Sergio Vargas. b) Tomás López, *Plano de la plaza de Veracruz y castillo de San Juan de Ulúa*, 1786. Fotografía de la Biblioteca Nacional de España (BNE), 0000036045. c) Las atarazanas, Veracruz. Fotografía de Sergio Vargas.

bate por parte de aquellas potencias que, como Inglaterra, Francia y los Países Bajos, ambicionaban las riquezas usufructuadas por españoles y portugueses en América y que, ante la imposibilidad de realizar un ataque en forma directa, recurrieron a la piratería y el corso con el objetivo de apropiarse por la fuerza de los tesoros que los ibéricos obtenían en el Nuevo Mundo.

Ante tal escenario, durante las décadas siguientes el Imperio español se abocó a la fortificación de

los principales puertos y localidades adyacentes, en un intento por disuadir o por lo menos reducir las probabilidades de éxito de los ataques piráticos, propósito que se cumplió a medias por las dificultades que entrañaba proteger de modo adecuado cada uno de los numerosos enclaves hispanos ubicados en el extenso litoral americano.

Fue así que desde mediados del siglo xvii y hasta el primer tercio del xviii, ciudades como Campeche y Veracruz sufrieron en repetidas ocasiones la

---

furia de los piratas y corsarios ingleses, franceses y holandeses que constantemente merodeaban en mares novohispanos, y que tras sus violentas incursiones dejaban una estela de saqueos, destrucción y muerte, lo que finalmente obligó a las autoridades coloniales a buscar la manera de reforzar las exiguas defensas de los asentamientos costeros.

En consecuencia, durante esta etapa los ingenieros del rey bosquejaron múltiples y ambiciosos proyectos para la construcción de fortalezas e instalaciones militares que en su mayoría sólo existieron en el papel, si bien hasta nuestros días han llegado unos cuantos ejemplos de lo que sí se hizo, como el baluarte de Santiago (figura 2a), único remanente del conjunto de ocho baluartes y una batería adosados a las murallas que hasta los últimos años del *xix* custodiaron al puerto de Veracruz (figura 2b); y las atarazanas o almacenes reales donde se guardaban las maderas para la construcción y reparación de navíos, edificadas entre 1727 y 1779 (figura 2c).<sup>18</sup>

Con todo, a partir de la segunda mitad del siglo *xviii* el peligro que representaban el corso y la piratería quedó eclipsado ante el poder de Inglaterra, un enemigo mucho más temible que, gracias a la eficacia de su sistema comercial y las ventajas de una estructura político-social de avanzada, gozaba de una evidente superioridad militar sobre España y Francia, monarquías “absolutistas” que, ante la preeminencia de los británicos, se vieron obligadas a establecer una serie de alianzas —los pactos de familia— para competir cuando menos en igualdad de circunstancias con aquéllos.

De esta manera, el siglo *xviii* se convirtió en el escenario de sangrientas disputas entre las principales coronas de Europa, como resultado del acelerado proceso de cambios ideológicos de la época y las complejas dinámicas geopolíticas del mundo atlántico,

que derivaron en sucesivos enfrentamientos entre ingleses, españoles y franceses, primero en el Caribe y Sudamérica y después en la parte septentrional del continente, los cuales tuvieron consecuencias desastrosas para Francia, que perdió todas sus posesiones en tierra firme (Canadá), y España, derrotada por los británicos en La Habana y Manila (1762), por lo que, al finalizar la guerra de los Siete Años, Inglaterra quedó como dueña de los mares y en una inmejorable posición para hacerse del dominio de todo el Nuevo Mundo.

Tras recuperar La Habana y Manila por la Paz de París, Carlos III se propuso reposicionar a España como una gran potencia, para lo cual intentó reorganizar las relaciones entre la metrópoli y las élites americanas mediante la instrumentación de una serie de innovaciones de corte fiscal y administrativo —las reformas borbónicas— con el doble propósito de incrementar los beneficios económicos que la Corona obtenía de sus colonias y reforzar el poderío bélico del Imperio, a efecto de dotar a las armas españolas de la capacidad suficiente para, en unión con Francia, derrotar a los ingleses en caso de un nuevo enfrentamiento.

Con estas miras, al poco tiempo llegaron a América numerosos funcionarios, estrategas e ingenieros con el objetivo de poner en operación las reformas ideadas en Madrid, entre los que cabe destacar al experimentado militar Juan de Villalba y Angulo, quien entre otras comisiones tenía la responsabilidad de reconfigurar la estructura defensiva del virreinato mexicano, en particular en la provincia de Veracruz, cuyas costas eran, para todo efecto práctico, el punto neurálgico del que dependía la protección de toda la Nueva España.

Con Villalba arribaron otros personajes que poco tiempo después cobrarían notoriedad, como el mariscal Antonio de Ricardos y el ingeniero Miguel del Corral, quienes, a diferencia de sus predecesores, poseían una concepción más amplia e integral de

<sup>18</sup> Judith Hernández Aranda, “Las atarazanas de Veracruz”, *Arqueología Mexicana*, vol. 8, núm. 46, noviembre-diciembre de 2000, p. 36.



Figura 3. a) Cuartel de Dragones de Perote. b) Casamata I en Francisco I. Madero. c) Casamata II en Francisco I. Madero. d) Cuerpo de Guardia en Francisco I. Madero. Fotografías de Sergio Vargas.

cómo debía conformarse el sistema defensivo de un espacio tan vasto y complejo, en la que, además de la necesidad de erigir fortificaciones, estaban presentes otras cuestiones relevantes, como la importancia estratégica de los caminos, la disponibilidad de recursos para el aprovisionamiento de las tropas y las condiciones climáticas y topográficas de la región, así como el carácter y la disposición de sus habitantes para la guerra.

Durante las décadas siguientes, las autoridades virreinales elaboraron diversos planes para hacer frente a un hipotético desembarco inglés, al tiempo que se construían numerosos bastiones y obras com-

plementarias en las costas del Caribe novohispano y las del Pacífico. Sin embargo, dada la importancia del puerto de Veracruz y su *hinterland*, fue esta área la que concentró la atención de los funcionarios reales, por lo que se diseñaron múltiples proyectos para la construcción de bastiones e instalaciones logísticas y estratégicas en distintas ubicaciones del litoral a barlovento y sotavento, así como en las dos rutas —por Orizaba y Xalapa— del Camino Real.

Entre los más significativos destacan los planes para la edificación de una maestranza de artillería y la instalación de cuarteles y hospitales castrenses en Orizaba —que no se realizaron—, y la construc-

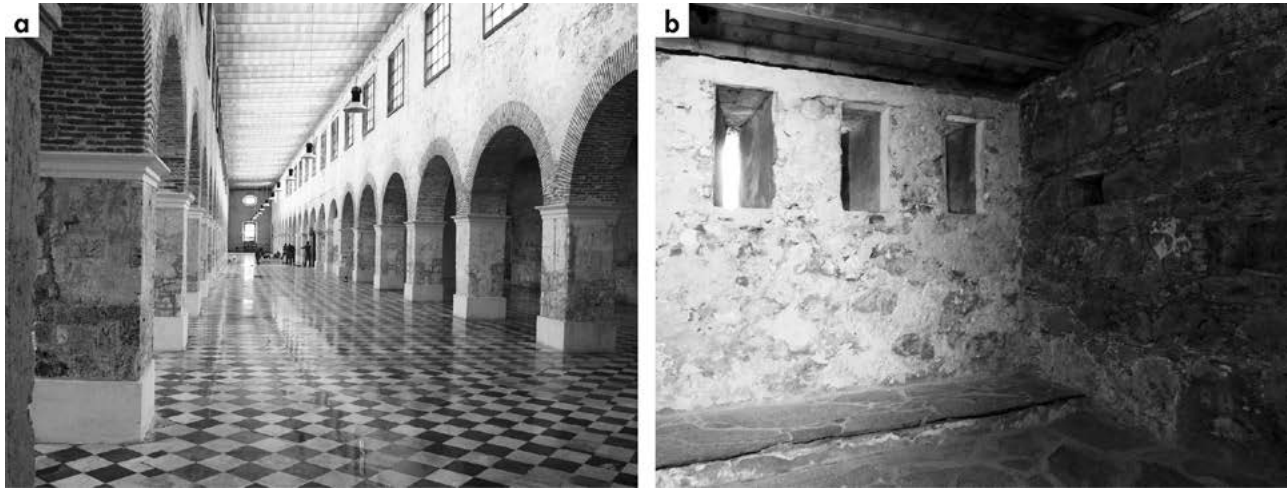


Figura 4. a) Hospital Militar de San Carlos, Veracruz. b) Segmento de la muralla de Veracruz. Fotografías de Sergio Vargas.

ción del complejo militar emplazado en la circunscripción de Perote, ideado para funcionar como una segunda línea de contención en caso de que el enemigo lograra superar las defensas costeras. Este dispositivo estuvo conformado por la fortaleza de San Carlos, construida en el periodo 1770-1776, el cuartel de Dragones que se localiza en la actual cabecera municipal (figura 3a), y las casamatas (figuras 3b y 3c) y el Cuerpo de Guardia, ubicados en la cercana localidad de Francisco I. Madero (figura 3d).

En cuanto al puerto de Veracruz, hay que decir que, a pesar de su muy reiterada importancia como “llave” de entrada al virreinato, en realidad fue poco lo que se hizo para su protección, salvo por ciertas reparaciones menores en el fuerte de San Juan de Ulúa y la edificación del hospital militar de San Carlos (figura 4a).<sup>19</sup> En todo caso, la acción más relevante de este periodo fue la sustitución de la vieja muralla de estacas que circundaba la plaza por un muro de mampostería (figura 4b), obra que, contrario a lo que se cree, no fue realizada con propósitos militares, sino para reforzar las instalaciones del resguardo fiscal de

la ciudad e impedir así el cuantioso contrabando que hacían sus habitantes.<sup>20</sup>

Ya a finales del siglo XVIII y principios del XIX, la atención de la Corona española se centró en Europa, donde se vio envuelta en continuas guerras contra Inglaterra (1796-1802 y 1804-1809), Portugal (1801) y Francia (1793-1795 y 1808-1814), por lo que el resguardo de los territorios americanos pasó a un segundo plano; empero, durante la construcción de la vía Xalapa-Veracruz se erigieron algunos campamentos y presidios para albergar a los “forzados”, destinados a los trabajos, y las tropas que los vigilaban en localidades intermedias como La Joya, Plan del Río y El Órgano (figura 5a). Además, se edificó un cuartel en La Antigua (figura 5b) para los lanceros, que patrullaban las playas de los alrededores, como medida preventiva de cara a una posible incursión enemiga.

### Segunda etapa: la guerra de Independencia en la provincia de Veracruz

Pese a la enconada rivalidad entre España e Inglaterra, el tan anunciado desembarco británico jamás se pro-

<sup>19</sup> Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España. Fundaciones de los siglos XVII y XVIII*, t. II, México, IHH-UNAM/Cruz Roja Mexicana, 1991, p. 259.

<sup>20</sup> Archivo General de Indias (AGI), México, 1531, “Informe del virrey conde de Revillagigedo, 31 de agosto de 1789”.





Figura 5. a) Supuestos restos del presidio de El Órgano, Palo Gacho. Fotografía de Jorge Pérez Quintos. b) Cuartel de Lanceros de La Antigua. Fotografía de Sergio Vargas.

dujo, por lo que la capacidad de las defensas del virreinato nunca fue puesta a prueba; por lo tanto, fue un enemigo interno el que, contra todos los pronósticos, finalmente desafió esa estructura militar: con el estallido de la guerra de Independencia (1810), gran parte del espacio colonial se vio inmerso en una vorágine que trastocó para siempre las rígidas estructuras políticas, sociales y económicas que durante casi tres siglos habían mantenido cohesionada la heterogénea y compleja sociedad novohispana.

Apenas unos meses después de iniciado el levantamiento en El Bajío, la provincia de Veracruz se convirtió en uno de los principales escenarios del cruento enfrentamiento entre los insurgentes y el ejército del rey, principalmente en los distintos segmentos del Camino Real y la región del sotavento, ante la sorpresa de unas autoridades coloniales que, rebasadas por la virulencia de la rebelión, fueron incapaces de enfrentar de manera atinada a las partidas de rebeldes que entre 1812 y 1813 interrumpieron en repetidas ocasiones la comunicación entre las principales ciudades de la provincia —Veracruz, Xalapa, Orizaba y Córdoba—, y entre éstas y la capital de la Nueva España.

Frente al escenario de una inminente derrota, el gobierno español designó como cabeza del virrei-

nato al experimentado militar Félix María Calleja, quien debió hacer frente no sólo a los innumerables contingentes de alzados que ya para entonces se enseñoreaban en todo el territorio novohispano, sino a la apatía de sus tropas y, sobre todo, a la casi absoluta falta de recursos humanos, materiales y económicos para encarar la sublevación.

Gracias a su febril actividad y pericia, en poco tiempo Calleja revirtió la situación, aprovechándose de la escasa preparación militar de la mayoría de los jefes insurgentes, quienes cometieron graves errores tácticos en muchos de sus enfrentamientos contra los realistas, lo cual, aunado al rigor —y en ocasiones llana crueldad— de las disposiciones tomadas por Calleja, fueron debilitando la rebelión, que tras la captura de Hidalgo, Allende y Aldama —ocurrída en marzo de 1811— carecía de un liderazgo visible.

No obstante, con la aparición de José María Morelos, la insurrección cobró nuevos bríos que le permitió alcanzar resonantes victorias frente a las tropas del rey, que vieron con asombro cómo las masas indisciplinadas y desorganizadas que habían constituido las fuerzas de Hidalgo durante la fase inicial del alzamiento se transformaban rápidamente en un ejército bien estructurado bajo el mando de un estratega natural, como lo fue el cura de Carácuaro.

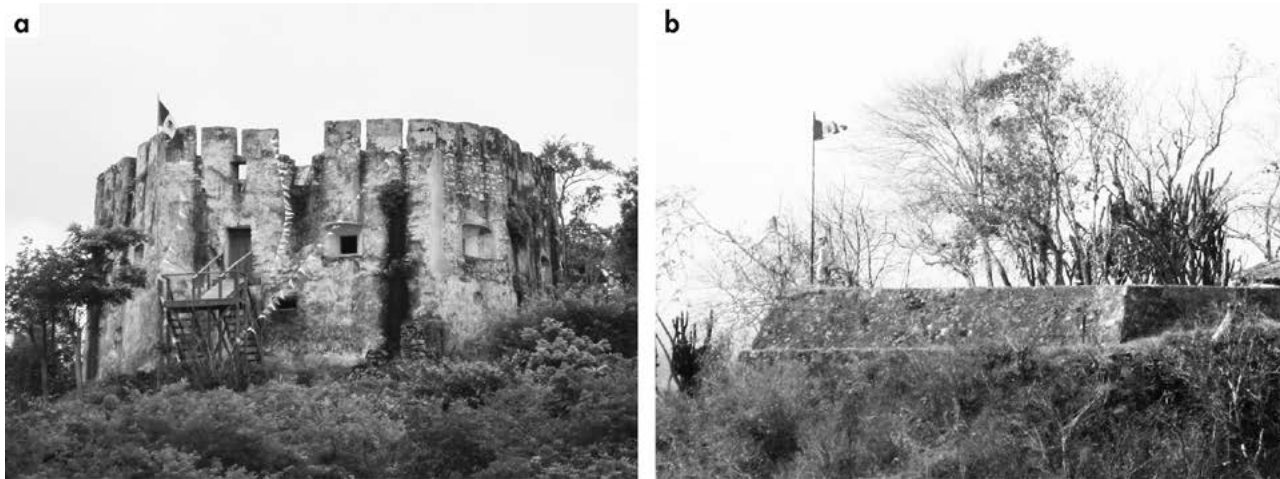


Figura 6. a) Fortín de Órdenes Militares de Plan del Río. b) Atalaya (batería) de La Concepción, Puente Nacional. Fotografías de Sergio Vargas.

### *El camino militar de la ruta Xalapa-Veracruz*

Ante la imposibilidad de vencer a Morelos, el gobierno virreinal cambió su estrategia, replegando sus contingentes a las principales ciudades y organizando cuerpos de patriotas en los pueblos y haciendas. Asimismo, el mando realista trató en repetidas ocasiones de instrumentar un “camino militar” en la ruta Xalapa-Veracruz, a fin de romper el control que los rebeldes tenían de esta vía, lo cual les permitía disponer de pingües ingresos gracias al cobro de “peajes” a los comerciantes y arrieros que querían transitar por el Camino Real.

En un primer momento, tales intentos no fructificaron debido a la falta de efectivos para cubrir todos los puestos de vigilancia y, además, por la oposición del gobernador de Veracruz, que temía que las poblaciones más importantes de la provincia quedaran a merced de los alzados si se enviaba a las tropas a vigilar el camino; por tanto, la situación se mantuvo en un *statu quo* hasta el arribo de los cuerpos expedicionarios enviados desde España por Fernando VII (1815), una vez conseguida la expulsión de los franceses de la península.

Gracias a estas unidades —fogueadas en las campañas contra la Convención—, Inglaterra y la *Grande*

*Armée*, Calleja retomó la ofensiva en tierras veracruzanas, donde fue especialmente notable la actuación del brigadier Fernando Miyares y Mancebo, quien al fin logró poner en operación el camino militar Xalapa-Veracruz, edificando para ello varias fortificaciones como el fortín de Órdenes Militares de Plan del Río (figura 6a) —posiblemente el único tipo Montalembert en el virreinato—,<sup>21</sup> la atalaya de La Concepción (figura 6b) —posición arrebatada a los insurgentes en las cercanías del Puente del Rey— y el bastión de Fernando VII, situado a escasa distancia de la anterior.

Tras ser expulsados del itinerario Xalapa-Veracruz, los rebeldes, encabezados por Guadalupe Victoria, buscaron refugio en los cerros adyacentes a la ruta Orizaba-Córdoba-Veracruz, donde construyeron varios reductos como los de Palmillas y Monte Blanco. Con esto los insurgentes lograron controlar el tránsito entre los pueblos de la comarca e incluso pudieron asestar fuertes descalabros a las huestes realistas comandadas por José Ruiz, en quien Miyares había delegado el mando de la demarcación.

<sup>21</sup> Este inmueble fue restaurado en 2007 por un equipo de académicos y alumnos de la Universidad Veracruzana, encabezados por Alfonso García y García, Sergio Vázquez Zárate y Jorge Pérez Quintos, labor reconocida en 2008 con el Premio Nacional Francisco de la Maza al mejor trabajo de conservación del patrimonio, otorgado por el INAH.

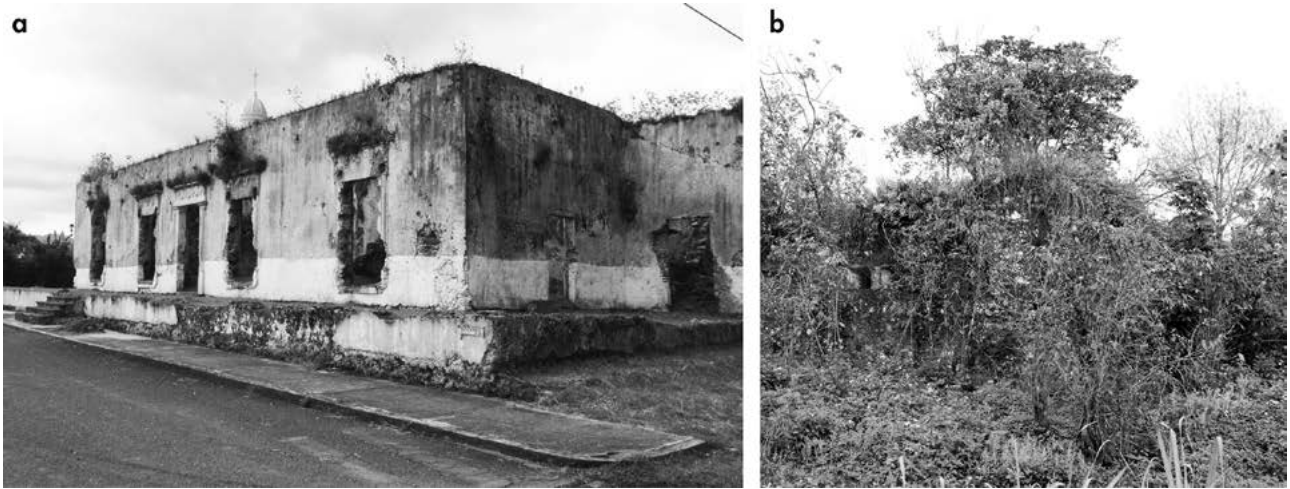


Figura 7. a) Hacienda de Monte Blanco, Santa Lucía. b) Fortín de la barranca de Villegas, El Sumidero. Fotografías de Sergio Vargas.

Esta situación causó un profundo malestar entre los integrantes del cabildo de Córdoba, quienes solían quejarse con el virrey de la poca capacidad de Ruiz para arrojar a los rebeldes de sus posiciones, lo que obligó al jefe realista a tratar de contrarrestar el dominio de los alzados; así, en junio de 1816 desalojó a los insurgentes de la hacienda de Monte Blanco (figura 7a), donde éstos pretendían acuartelarse, y meses después ordenó que se erigiera un fortín (figura 7b) en la barranca de Villegas, a medio camino entre Córdoba y Orizaba. Además, dispuso que se fortificara la garita<sup>22</sup> del puente de San Miguel, inmediato a la ba-

rranca de Metlac, para que sirviera como base para las operaciones entre las dos villas.<sup>23</sup>

#### *Caso 1. Dudas en torno del fortín de la barranca de Metlac*

Aun cuando este reducto es mencionado en varios textos decimonónicos,<sup>24</sup> hoy en día existen algunas confusiones respecto de su autoría y ubicación: por ejemplo, Muñoz Espejo afirma: “Sobre el cañón del Río Atoyac para guarnecer el paso de Orizaba a Córdoba se construye el Fortín de Villegas en honor al nombre del capitán que lo mandó construir”,<sup>25</sup> en

<sup>22</sup> En el ámbito militar, este vocablo se refiere a una “pequeña obra accesoria fabricada con piedras labradas [...] compuesta por tres partes: la cúpula, rematada con una piña o bola; el cuerpo principal, donde tiene aspilleras alternas [...] y la base, terminada con una ménsula y una bola”; sin embargo, durante el periodo colonial el término también se usó para designar a aquellas “[...] construcciones diseñadas primordialmente como viviendas [y] oficinas para llevar a cabo la revisión y el registro de las mercancías [y] el depósito temporal de los objetos que se dejaban en prenda como garantía del pago del impuesto”, por lo que, para evitar confusiones, en estas páginas se usa el término “garitón” cuando se habla de las pequeñas torres de vigilancia adosadas a fortificaciones y murallas. Tamara Blanes, *Fortificaciones del Caribe*, La Habana, Letras Cubanas, 2001, p. 224; Guadalupe de la Torre Villalpando, *Los muros de agua. El resguardo de la Ciudad de México. Siglo XVIII*, México, INAH-Conaculta/Gobierno del Distrito Federal/Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, 1999, pp. 52-53.

<sup>23</sup> Sergio A. Vargas Matías, “Del camino del mar al bastión de la montaña. El sistema fortificado de defensa, resguardo fiscal y caminería de la ruta por Orizaba del camino México-Veracruz, 1760-1825”, tesis de doctorado, UAA, 2016, pp. 328-329.

<sup>24</sup> José Domingo Isassi, *Memorias de lo acontecido en Córdoba en tiempos de la revolución, para la historia de la independencia mexicana*, Xalapa, Imprenta del Gobierno, 1827, p. 29; Carlos María Bustamante, *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mexicanos; sacado del “Cuadro histórico”, que en forma de cartas escribió el Lic. D. Carlos María Bustamante*, Londres, R. Ackermann, 1828, p. 263; Enrique Herrera Moreno, *El cantón de Córdoba. Apuntes de geografía, estadística, historia, etc.*, Córdoba, Tipografía La Prensa de R. Valdesilla y Comp., 1892, p. 230.

<sup>25</sup> Francisco Muñoz Espejo, “Camino Real de Veracruz-México. Por las veredas de la historia”, en *Itinerarios culturales y rutas del patrimonio*, México, Conaculta, 2006, p. 222; Francisco Muñoz

---

tanto que algunos exploradores y aficionados a la investigación histórica han creído encontrar los restos de la edificación en el fondo de la barranca, a un lado del afluente.<sup>26</sup>

Sin embargo, gracias a la lectura de algunas obras poco conocidas de ciertos cronistas de la zona<sup>27</sup> y la documentación original hallada en el curso de esta investigación, es posible afirmar que tales aseveraciones son incorrectas, como se desprende de un informe enviado por Ruiz al gobernador de Veracruz, José Dávila, en el que dice:

Quedó establecido en Metlac, junto a la barranca de Villegas, que es el punto céntrico entre Orizaba y Córdoba, aquí estoy construyendo un fortín, y esta operación facilitará aprovisionar las dos villas, proteger las siembras de tabacos y el paso de los convoyes, obstruir sus correrías, evitar los contrabandos y establecer un punto de apoyo para las operaciones ulteriores.<sup>28</sup>

Por lo tanto, es probable que la idea de que el inmueble fue edificado por un “capitán Villegas” le fuera sugerida a Muñoz por el apelativo de la barranca, el cual se debe a un rancharo de la región llamado Julián Villegas, quien poseía un terreno a orillas de la misma.<sup>29</sup> En cuanto a los “vestigios” hallados a orillas del río,<sup>30</sup> no hay más que señalar la

imposibilidad de que un militar veterano como Ruiz situara una fortaleza en una posición tan vulnerable al enemigo desde las alturas; en todo caso, basta comparar los restos del bastión fabricado por el comandante español con los del “encontrado” en el fondo del barranco, sin duda pertenecientes al casco de una antigua hacienda.

A lo anterior cabe agregar las dudas en torno al origen y la toponimia del municipio de Fortín, los cuales se atribuyen en algunos textos —incluso “oficiales”— a la existencia de una fortificación construida “en el antiguo camino del río Metlac” a finales del siglo xviii,<sup>31</sup> en tanto que otras versiones “ligan” ambas cuestiones con el reducto erigido por Ruiz.<sup>32</sup>

Sin pretender resolver en unas líneas un asunto que por sí mismo requeriría de una investigación a fondo, nos limitaremos a señalar que tales afirmaciones resultan cuestionables por dos motivos: primero, porque el recinto levantado por Ruiz se localiza en el vecino municipio de Ixtaczoquitlán, no en el de Fortín, y además por la presencia de una fortificación en el área de “Fortín viejo” —a la que nos referiremos más adelante—, a escasos metros del centro de Fortín de las Flores, precisamente por donde discurría el antiguo Camino Real/Nacional, por lo que cabe preguntarse cuál de estos edificios le dio nombre al municipio.

#### *El camino militar de la ruta Orizaba-Veracruz*

Volviendo al tema que nos ocupa, resulta oportuno aclarar que durante la mayor parte del conflicto, el itinerario Orizaba-Veracruz careció de una estructura de vigilancia como la de la ruta por Xalapa, ya que

---

Espejo, “Las fortificaciones de Veracruz”, en E. Hernández y A. Tovalín (coords.), *op. cit.*, p. 42.

<sup>26</sup> Desde Fortín de las Flores, recuperado de: <<https://www.facebook.com/photo.php?fbid=10152477925345975&set=pcb.10152477944480975&type=3&theater>>, consultada el 1 de abril de 2018.

<sup>27</sup> Teófilo Rosas, *Documentos para la historia de Fortín de las Flores*, Orizaba, Consejo Ciudadano, 2009, p. 31.

<sup>28</sup> Archivo General de la Nación (AGN), Operaciones de Guerra, vol. 260, exp. 33, f. 273, “De José Ruiz a José Dávila, Orizaba, 8 de septiembre de 1816”.

<sup>29</sup> Manuel B. Trens, *Historia de Veracruz*, t. II, Xalapa, Gobierno del Estado, 1947, p. 236.

<sup>30</sup> Desde Fortín de las Flores, *op. cit.*

<sup>31</sup> H. Ayuntamiento Constitucional de Fortín, *Plan Municipal de Desarrollo 2014-2017*, Fortín de las Flores, H. Ayuntamiento de Fortín, 2014, p. 18.

<sup>32</sup> *El fortín de Monte Blanco*, recuperado de: <<https://efacico.wordpress.com/2017/01/10/el-fortin-de-monte-blanco>>, consultada el 24 de marzo de 2018.



Figura 8. Fortín de Paso del Macho. Fotografía de Sergio Vargas.

por sus condiciones, la vía orizabeña era poco apta para la circulación de grandes contingentes, de modo que la edificación de los bastiones realistas en este trayecto respondió más bien a las necesidades del momento y no a un plan concebido de antemano.

Fue hasta 1817 cuando el virrey Apodaca dio su anuencia para establecer un camino militar en esta dirección, como parte de su estrategia de pacificación basada en la formación de pueblos de “indultados”; es decir, ex guerrilleros que, a cambio del perdón, eran obligados a radicar con sus familias en colonias militares bajo la atenta mirada de los comandantes realistas. Como resultado de esta política se construyeron varios reductos, entre ellos el de Paso del Macho (figura 8).<sup>33</sup>

<sup>33</sup> S. A. Vargas Matías, *op. cit.*, pp. 347-349.

### *Caso 2. El fortín de Paso del Macho*

Tal como sucede con varias de las fortificaciones que se abordan en este artículo, la falta de datos fidedignos acerca del bastión de Paso del Macho hizo que académicos y cronistas locales formularan diversas hipótesis para explicar su origen, en tanto que la sabiduría popular afirmaba que el inmueble había sido edificado por el ejército francés durante la Intervención.<sup>34</sup>

<sup>34</sup> La teoría del origen “francés” de este inmueble puede descartarse gracias al testimonio de un soldado galo que, durante su estancia en Paso del Macho, escribió: “En el centro del villorrio y a la derecha del camino se veía una torre antigua convertida en atalaya desde la ocupación de aquel punto [...] es una construcción española muy sólida que data del tiempo de la conquista”. Ángel de los Dolores Tiscareño, “De Veracruz a México. Por un zuavo”, en *El Colegio de Guadalupe desde su fundación hasta nues-*

Así, Muñoz Espejo sostiene: “En un periodo posterior se construyó el Puente del Río [sic] Paso del Macho, y el Fortín [sic] de Paso del Macho construido entre 1884 y 1886 con mampostería de piedra caliza, en tres niveles, de planta octagonal”,<sup>35</sup> si bien en otra publicación anota: “Las obras de vigilancia y defensa del Camino Real a Córdoba fueron los fortines de la Villa de Tejería, Soledad de Doblado —con su garita de acceso al poblado— y Paso del Macho, construido entre 1836 y 1837”.<sup>36</sup>

Por su parte, Anaya Barrán dice que el “[...] fuerte se construyó al mando del capitán ingeniero Carlos Pazos en el año de 1836-37, con 16 hombres para defender el paso por la reciente construcción del puente”. Desafortunadamente, no ha sido posible corroborar lo dicho por éste, ya que los legajos citados<sup>37</sup> remiten a otras cuestiones, quizá por algún cambio en el sistema de clasificación en el acervo referido. En todo caso, es posible que se trate de dos edificios diferentes, o bien que los expedientes mencionados aludan en realidad a ciertas reparaciones en el inmueble erigido por los realistas en 1818.<sup>38</sup>

#### *Las últimas fortificaciones del periodo insurgente*

Ya en la parte final de la guerra, los distintos jefes rebeldes mantenían notables desacuerdos entre sí, lo cual se reflejó en acres disputas que debilita-

ron la insurrección, pues cada facción actuaba por su cuenta sin pedir ni dar auxilio a las demás, replegándose a sus fortalezas ante el incesante acoso de las tropas del rey. Esto facilitó la labor de los españoles, quienes, gracias a las divergencias entre los insurgentes, pudieron reunir poderosos contingentes para sitiar sus enclaves, tomándolos uno por uno.<sup>39</sup> En la provincia de Veracruz dicha estrategia les permitió desalojar a los americanos de sus posiciones en Huatusco, Atoyac y El Chiquihuite, así como conquistar los hasta entonces inexpugnables reductos de Palmillas (figura 9a) y Monte Blanco (figura 9b).

Mientras tanto, en la ruta por Xalapa se realizaban los trabajos pertinentes para la operación de una línea de telegrafía óptica diseñada por Bonifacio de Tosta, experto en las comunicaciones marítimas y terrestres, para lo cual se instaló un telégrafo en el cerro de Macuiltépetl y se erigieron torres o *telefres* para colocar otros en El Encero, Pajaritos y Miradores (figura 10a), Corral Falso (figura 10b) y Cerro Gordo (figura 10c); no obstante, dado que para entonces se pensaba que la insurgencia había sido derrotada, el proyecto fue abandonado.

Al respecto, cabe señalar que, desde los primeros años de la guerra, Ciriaco de Llano había considerado la posibilidad de instalar esta tecnología para mantener la comunicación entre Xalapa y Veracruz, intentos que no fructificaron hasta la llegada de Miyares, quien, con el apoyo de Tosta, se abocó a la realización de dicha tarea; sin embargo, la tentativa quedó en eso, ya que el venezolano tuvo que regresar a España a causa de una grave lesión sufrida en el curso de un enfrentamiento contra los insurgentes. En consecuencia, fue Tosta quien continuó con el proyecto gracias al apoyo del virrey Apodaca.

<sup>39</sup> Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, t. IV, Imprenta de J. M. Lara, 1849, p. 396.

*tres días o Memorias de los acontecimientos contemporáneos que con él se relacionan, presenciados unos y recogidos otros de documentos oficiales y auténticos para servir a la historia de dicho establecimiento*, t. IV, Zacatecas, Tipografía de *El Ilustrador Católico*, 1909, p. 146. Este texto es la traducción de *Les bivouacs de Veracruz a México*, París/Leipzig, Jung Treuttel Libraire, 1865, pp. 66-67.

<sup>35</sup> F. Muñoz Espejo, “Camino...”, *op. cit.*, p. 221.

<sup>36</sup> F. Muñoz Espejo, “Fortificaciones...”, *op. cit.*, p. 42.

<sup>37</sup> Archivo Histórico de la Sedena (AHSDN), exps. D/481-3 (1839) y D/481-3; Óscar Anaya Barrán, *Paso del Macho: ¿olvidado por la historia o mudo testigo?*, Paso del Macho, s. e., pp. 9-10.

<sup>38</sup> AGN, Obras Públicas, c. 5167, f. 1, “Proveeduría de las villas, Córdoba, 24 de septiembre de 1818”.

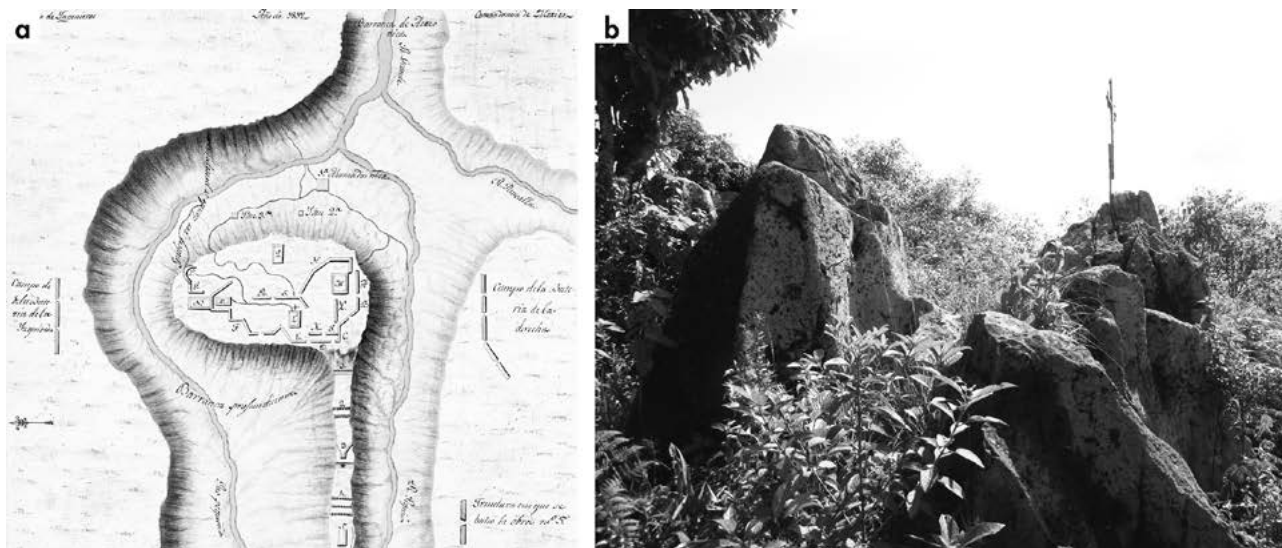


Figura 9. a) Croquis del fuerte de Palmillas (fragmento), 1817. Archivo General Militar de Madrid (AGMM), España, Mex-4-5. b) Supuestos restos de la fortificación del cerro de Monte Blanco. Fotografía de Sergio Vargas.

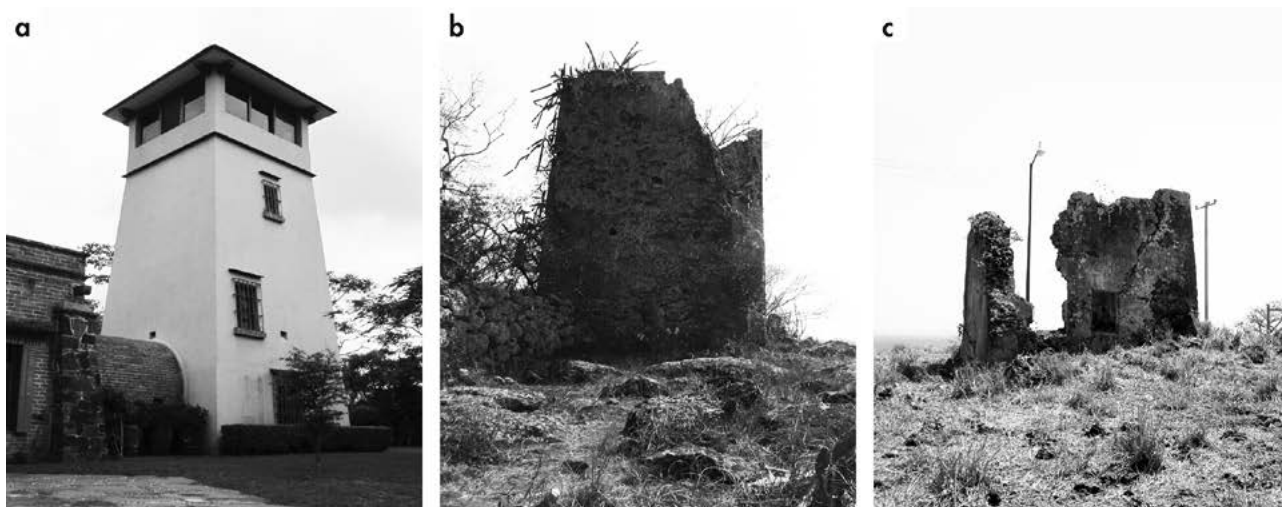


Figura 10. a) Telefere de Miradores. b) Telefere de Corral Falso. c) Telefere de Cerro Gordo. Fotografías de Sergio Vargas.

### Caso 3. ¿Atalayas, telefres o fortines?

En cuanto a los *telefres* (figura 11), hay que decir que hasta hace poco su verdadera naturaleza era desconocida,<sup>40</sup> por lo que durante mucho tiempo se les consideró fortines o atalayas;<sup>41</sup> así, para Bla-

<sup>40</sup> José Emilio Vázquez, "Telegrafía óptica en México y los telefres", s. l., s. e., 2011.

<sup>41</sup> S. Sanz Molina *et al.*, *op. cit.*, cs. 58 y 59; M. Ordoñez Valenzuela, *op. cit.*, pp. 172-175, 178-179.

nes y Ordoñez Valenzuela los vestigios del *telefere* de Cerro Gordo corresponden a un fortín que aparece mencionado en un mapa de 1801, obra de Manuel José de Árboles,<sup>42</sup> del que lamentablemente no se tienen más datos.

Cabe señalar que, a su llegada a la Nueva España, el virrey Apodaca pensó en edificar varios

<sup>42</sup> T. Blanes, *op. cit.*, p. 190; M. Ordoñez Valenzuela, *op. cit.*, p. 172.

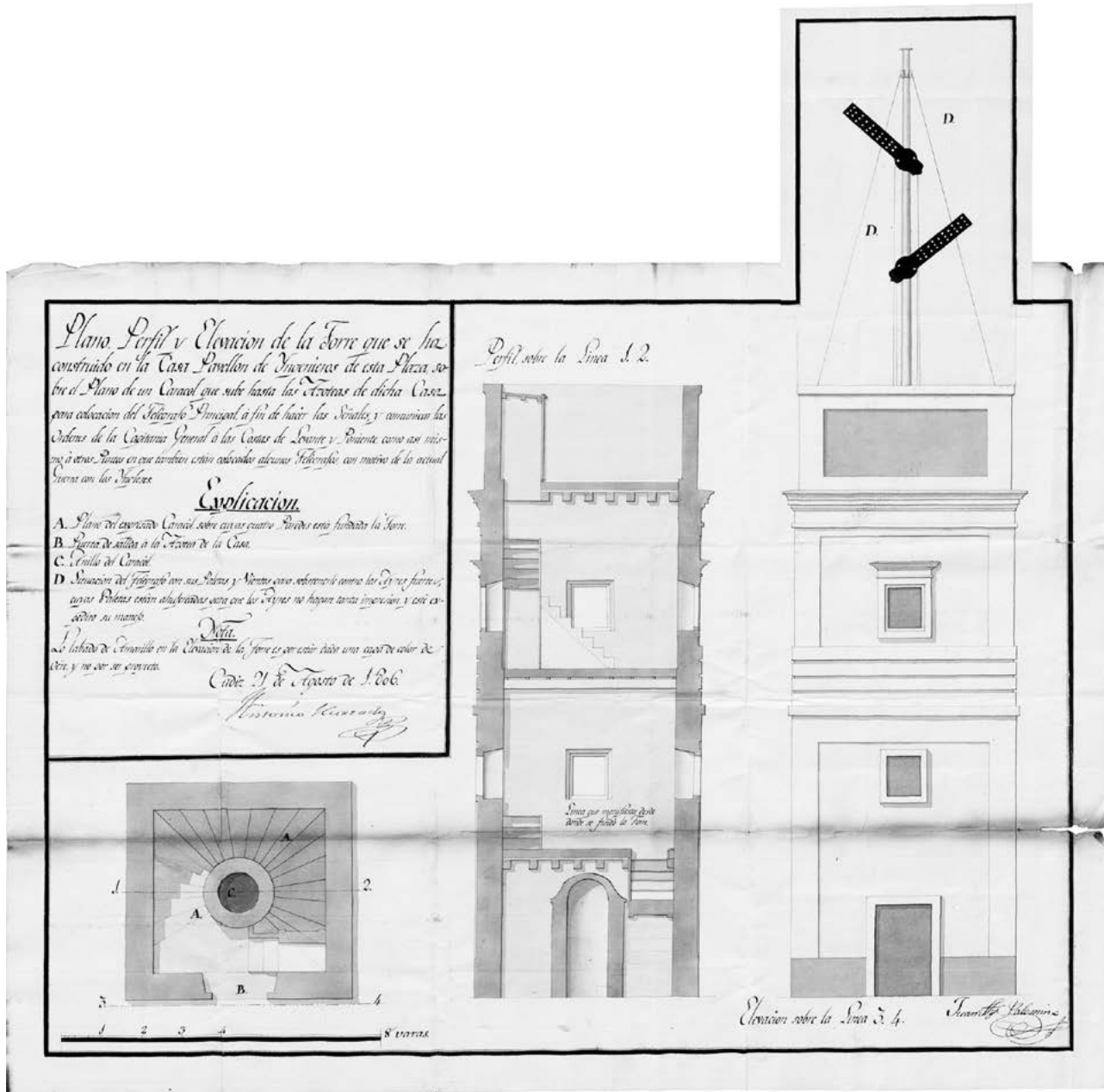


Figura 11. Antonio Hurtado, Plano, perfil y elevación de la torre de Cádiz para la colocación del telégrafo, 1806, Archivo General Militar de Segovia, España, carpeta 50, plano 535, 3ª sección, 3ª división, leg. 1027.

reductos en distintas localidades de la ruta Xalapa-Veracruz —entre ellas Cerro Gordo— para apuntalar el camino militar puesto en operación por Miyares; por lo tanto, resulta válido inferir que ya para entonces el “bastión de Árboles” había desaparecido, o incluso que haya sido un proyecto que no se concretó,

como sucedió con muchas de las obras diseñadas por los ingenieros del rey durante ese periodo.

Para intentar responder estas interrogantes es preciso mencionar que en Cerro Gordo existen dos elevaciones que durante el siglo XIX fueron conocidas por orónimos que resultan muy ilustrativos: “La



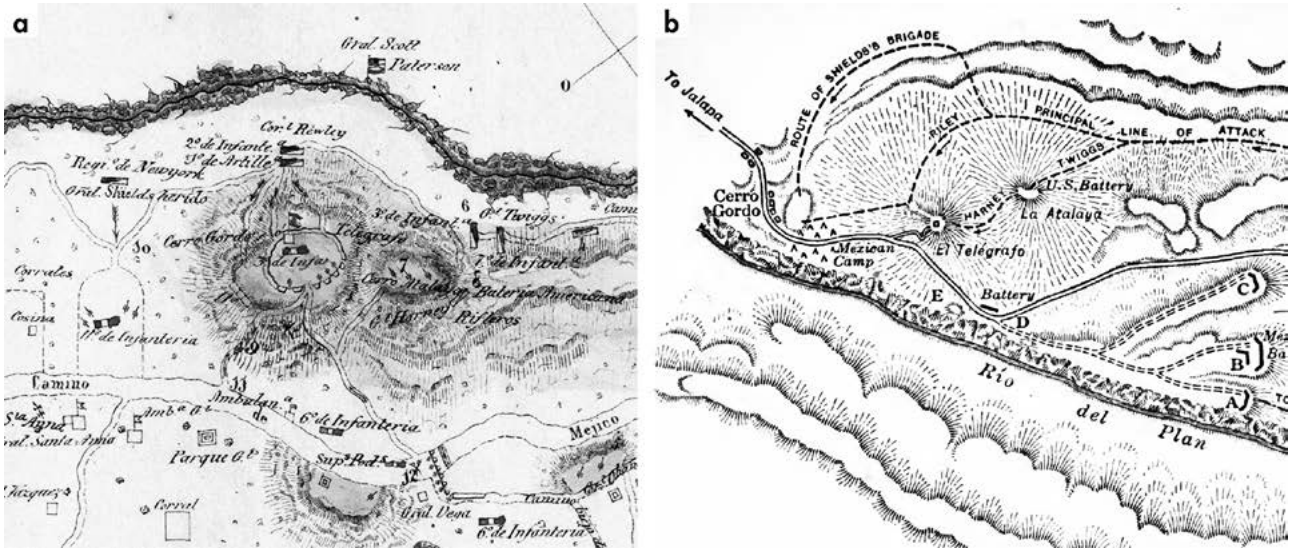


Figura 12. a) Plano de las posiciones de México y los Estados Unidos en la batalla de Cerro Gordo el 18 de abril de 1847 (detalle), 1847, Mapoteca Orozco y Berra (MOB), 1324-CGE-7245-A. b) Battle Of Cerro Gordo General Plan (detalle). Fuente: Justin H. Smith, *The War With Mexico*, Nueva York, The Macmillan Company, 1919.

Atalaya” y el “Cerro del Telégrafo”,<sup>43</sup> como se aprecia en muchos de los planos hechos por los estadounidenses a su paso por la zona (figura 12), lo cual puede considerarse como un indicio de la existencia de más de un recinto fortificado en este paraje y, por consiguiente, de la posibilidad de que el *telefre* de Tosta haya sido erigido cerca del fortín de Árboles, o bien, del propuesto por Apodaca en 1816.<sup>44</sup>

Esta teoría resulta plausible si recordamos que, en opinión del virrey, lo mejor era que las torres se colocaran “siempre en uno de los puntos fortificados, o tan inmediato a ellos que no corran riesgo de ser tomados por los rebeldes”, tal como se hizo con el *telefre* de El Encero, erigido a corta distancia del fortín homónimo;<sup>45</sup> sin embargo, puesto que no se cuenta

con referencia del plano de Árboles ni se sabe si el bastión sugerido por Apodaca fue construido,<sup>46</sup> sólo nos queda elucubrar a partir del testimonio de Tosta, quien a principios de 1820 le informó al virrey del avance en los trabajos para la colocación de los telégrafos en Corral Falso y Cerro Gordo.<sup>47</sup>

Algo similar ocurre con una torre que existió en la cima del cerro de Macuiltépetl, que algunos investigadores aficionados han identificado —erróneamente— como un *telefre*, cuya autoría se adjudica —de manera igualmente equivocada— a Miyares,<sup>48</sup> pues fue Tosta y no aquél quien instaló un telégrafo en ese lugar,<sup>49</sup> en una “casita” fabricada *ex profeso*, ya que por la altura del cerro, no se requería de un *telefre*.<sup>50</sup>

<sup>43</sup> Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea Historia de la invasión de los angloamericanos en México*, México, Imprenta de Vicente García Torres, t. 1, 1847, p. 164.

<sup>44</sup> S. A. Vargas Matías, “Una senda de plata y sangre. El camino militar de la vía por Xalapa del Camino Real de Veracruz, 1811-1816”, artículo en preparación. Una versión preliminar de este texto fue presentada en el Seminario La Guerra de Independencia: Una Perspectiva Regional, Morelia, IIH-UMSNH, 2018.

<sup>45</sup> S. A. Vargas Matías, “Señales en el tiempo. El sistema de telegrafía óptica de Bonifacio de Tosta en el trayecto Xalapa-Veracruz del Camino Real”, artículo en preparación.

<sup>46</sup> No obstante, hay una evidencia que apunta a que el fortín de Cerro Gordo sí se construyó: el *Plano geográfico de una parte de la provincia de Veracruz hasta Perote, correspondiente a la de Puebla*, obra de Manuel Varela y Ulloa, hecho en 1816, indica la existencia de un bastión en este punto. Real Academia de la Historia (RAH), RAH20101000135.

<sup>47</sup> S. A. Vargas Matías, “Señales...”, *op. cit.*

<sup>48</sup> Recuperado de: < <https://efacico.wordpress.com/2016/02/19/historia-de-plan-del-rio-y-su-fortin-de-ordenes-militares/> > .

<sup>49</sup> S. A. Vargas Matías, “Señales...”, *op. cit.*

<sup>50</sup> Al parecer, fue esta “casita” la que describió un famoso aventurero y militar inglés, quien al subir al cerro de Macuiltépetl dijo:

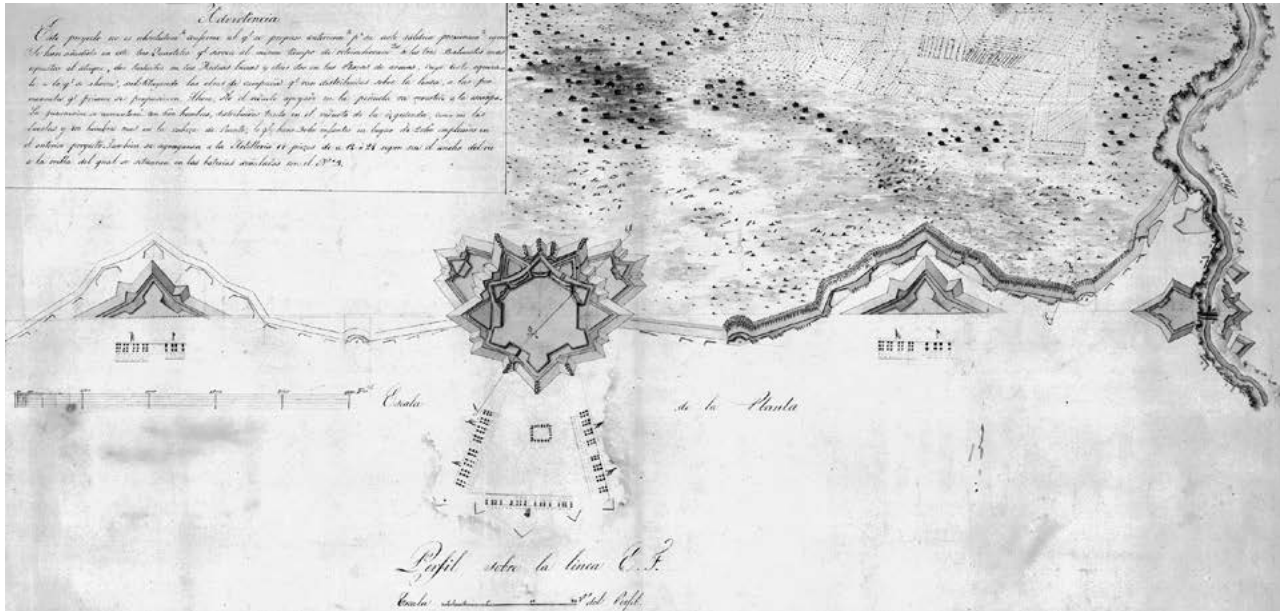


Figura 13. Constantino Malchesqui, *Proyecto de fortificación desde Río Blanco al puerto de Alvarado* (detalle), siglo XIX, MOB, 1561-OYB-7261-A.

Por lo tanto, es probable que la atalaya de Macuiltépetl haya sido edificada como parte de las protecciones levantadas por los austriacos en ese sitio durante la Intervención (véase *infra* el caso 7).<sup>51</sup>

### Tercera etapa: las defensas del México independiente

Una vez sellados los acuerdos entre Agustín de Iturbide y Juan O'Donohú, en la mayor parte del país se celebró la Independencia luego de casi tres siglos de dominación española; empero, en el puerto de Veracruz la situación era crítica, ya que los comandantes realistas se negaron a acatar los convenios suscritos por O'Donohú y, ante la imposibilidad de

sostener su posición ante el asedio del Ejército Trigarante, se retiraron al fuerte de San Juan de Ulúa, donde permanecerían hasta 1825, lo cual prologó el conflicto y alimentó los temores de una incursión hispana para recuperar el virreinato.

Ante este escenario, el gobierno mexicano estudió la posibilidad de erigir una gran línea de defensa en la provincia de Veracruz que iba desde Río Blanco hasta Alvarado, a modo de cortar el paso del enemigo en caso de un ataque. El proyecto, diseñado por el ingeniero Constantino Malchesqui, contemplaba la construcción de un gran complejo fortificado conformado por baterías, baluartes, reductos y cuarteles, con capacidad para albergar hasta 600 hombres (figura 13). Afortunadamente, los problemas internos y la falta de recursos impidieron que Fernando VII intentara la reconquista de su antigua colonia.

Conseguida la expulsión de la guarnición española de San Juan de Ulúa (1825), México debió encarar el peligro que representaban las potencias europeas, que prácticamente desde su nacimiento buscaron intervenir —cuando no apropiarse— de los destinos de la nueva nación, aprovechando

[...] llegamos a un pequeño mirador en la cima, desde donde se obtiene una vista panorámica soberbia del campo circundante". George Francis Lyon, "Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia en la República de México", en *Cien viajeros en Veracruz*, t. III, México, Gobierno del Estado de Veracruz, 1986-1992, p. 258.

<sup>51</sup> William Boone y Carmen Boone, "Camino gemelos en espiral al cráter de un volcán", *Contrapunto*, vol. 4, año. 4, núm. 12, septiembre-diciembre de 2009, pp. 42-51.

la debilidad del ejército mexicano, cuyo estado era tan calamitoso que, en opinión del coronel Ignacio de Mora y Villamil, bastaría con una fuerza de 6000 para vencerlo.<sup>52</sup>

Tras la fallida intentona de España (1829) para recuperar el dominio de la más importante de sus posesiones, México se vio frente a la animadversión de Estados Unidos, que codiciaba los territorios al norte del río Bravo, y el interés de Francia e Inglaterra, que querían aprovechar el “vacío” dejado por los ibéricos para hacer de América “su” esfera de influencia y dominio comercial. La delicada situación de nuestro país se agravó en 1836 con la Independencia de Texas —auspiciada por los vecinos del norte—, por lo que, ante la posibilidad de un ataque, el gobierno mexicano ordenó fortificar Tuxpan, Mocambo, Coatzacoalcos,<sup>53</sup> la isla de Sacrificios, Antón Lizardo<sup>54</sup> y Alvarado.<sup>55</sup>

#### *Caso 4. El reducto de Antón Lizardo, ¿fortaleza colonial o decimonónica?*

Si bien no hay constancia de lo realizado, existe en Antón Lizardo una enorme fortaleza de forma irregular que, en conjunto con los restos de un cuerpo de guardia (figura 14) ubicado a unos cuantos pasos, dan cuenta de la importancia estratégica de este emplazamiento, tanto por su cercanía con el puerto

<sup>52</sup> Ignacio de Mora y Villamil, *Las defensas de México en 1824*, Michael Mathes (transc. y notas), Monterrey, UANL (Capilla Alfonsina/Biblioteca Universitaria), 1983, p. 19.

<sup>53</sup> AHSDN, exp. 1263, ff. 53-54, “De Antonio de Castro al ministro de la Guerra, Veracruz, 15 de marzo de 1837”.

<sup>54</sup> *Ibidem*, f. 30, “De Antonio de Castro al ministro de la Guerra, Veracruz, 13 de abril de 1837”.

<sup>55</sup> *Ibidem*, f. 17, “De Guadalupe Victoria al ministro de la Guerra y Marina, Veracruz, 29 de mayo de 1837”. En cuanto a las obras de defensas de esta población, existe constancia de que en 1847 la barra de Alvarado estaba defendida por cinco bastiones, nombrados “Santa Teresa”, “Santa Bárbara”, “Del Rosario”, “De la Unión” y “De la punta del Sur”, de los cuales sólo era funcional el primero. AHSDN, exp. 2326, ff. 2-3, “Informe del gral. Juan López, 15 de enero de 1847”.

de Veracruz como por la profundidad de sus aguas, que la hacían un fondeadero apto incluso para la entrada de grandes embarcaciones.

En cuanto al reducto, hasta el momento no existe un consenso claro respecto de su autoría, si bien muchos investigadores coinciden en que fue erigido durante el periodo colonial, opinión que resulta lógica a la vista de los numerosos proyectos elaborados por los ingenieros del rey para el resguardo de este enclave. Para Muñoz Espejo, la fortificación fue hecha por “un ingeniero de apellido Lizardo en un año por definir”, en tanto que Cano Anzures,<sup>56</sup> Ortiz Lanz<sup>57</sup> y Blanes<sup>58</sup> sostienen que el edificio fue construido en algún momento del siglo XVIII.

Sin embargo, existen razones para cuestionar estas hipótesis; en primer término, no hay evidencias de la participación de un “ingeniero Lizardo” en las obras de fortificación llevadas a cabo en esta ubicación, por lo que, como en el caso del fortín de Villegas, es plausible suponer que Muñoz dedujo la autoría del reducto por la toponimia del lugar. Al respecto, hay que señalar que Antón Lizardo no fue un ingeniero militar, sino un marino o propietario de embarcaciones que en la primera mitad del siglo XVI realizó diversos viajes entre Veracruz y Sevilla, y que en 1532 encalló en la punta que lleva su apelativo.<sup>59</sup>

Por otra parte, no existe mención alguna del edificio en los numerosos recuentos de fortificaciones y recintos militares de la región elaborados por Segismundo Font (1776), Miguel del Corral (1783 y 1786), Juan Camargo (1807 y 1815) e Ignacio de Mora y Villamil (1824); tampoco en los diversos reconocimientos geográficos llevados a cabo por Manuel de

<sup>56</sup> I. Cano Anzures, *op. cit.*, pp. 26-27.

<sup>57</sup> J. E. Ortiz Lanz, *op. cit.*, pp. 194-195.

<sup>58</sup> T. Blanes, *op. cit.*, pp. 187-188.

<sup>59</sup> Cfr: Francisco Muñoz Espejo, “La valoración universal de la fortificación y las fortificaciones virreinales en México”, *Apuntes. Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural*, vol. 17, núms. 1-2, 2004, p. 83; José Peña Fontanes, *La verdad sobre Antón Niçardo*, Veracruz, s. e., 1957, pp. 13-16.

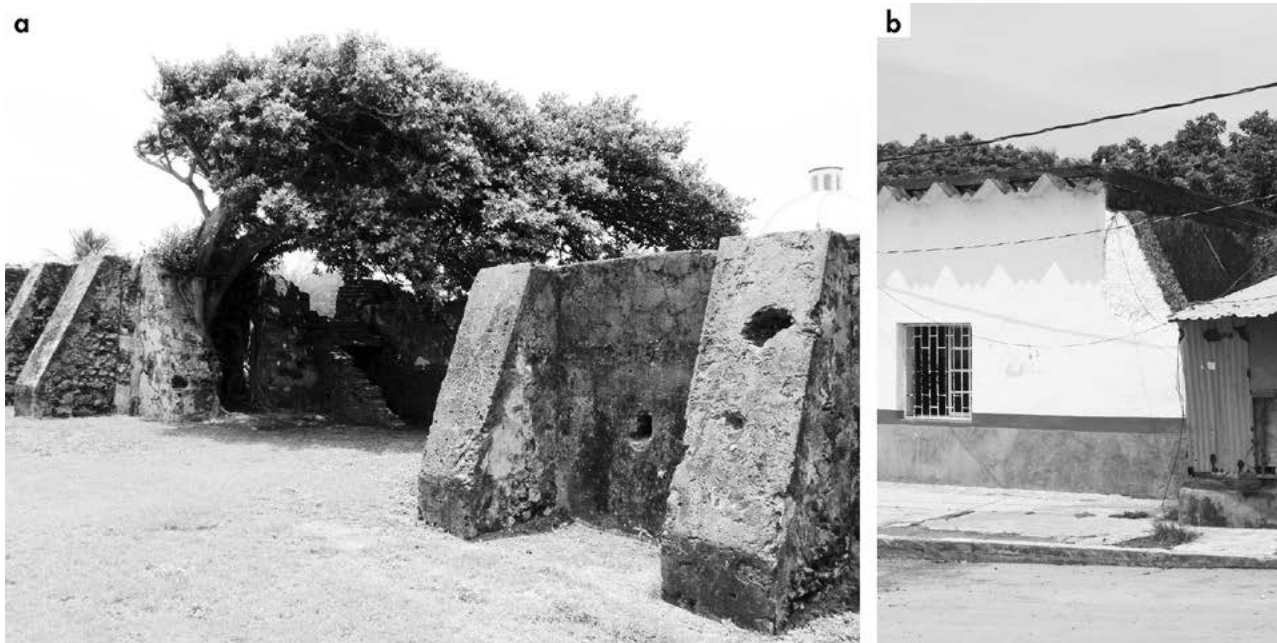


Figura 1.4. a) Reducto de Antón Lizardo. b) Vestigios de la casa de guardia de Antón Lizardo. Fotografías de Sergio Vargas.

Santistevan (1769), Corral (1771, 1779) y Diego Panes y Abellán (1779).

Así, las únicas alusiones a la existencia de una gran fortaleza en Antón Lizardo durante el periodo colonial aparecen en las obras de Lerdo de Tejada y Rivera Cambas, quienes afirman que el inmueble se edificó tras la llegada del mariscal de Rubí al virreinato,<sup>60</sup> invirtiéndose en su construcción 1 250 665 pesos.<sup>61</sup>

Al respecto, vale la pena citar al padre Andrés Cavo, quien, al referirse a los planes para el remozamiento de Ulúa y la custodia de la punta de Antón Lizardo, dijo:

<sup>60</sup> Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, vol. 1, 1869, p. 141.

<sup>61</sup> Miguel Lerdo de Tejada, *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz, precedidos de una noticia de los descubrimientos hechos en las islas y en el continente americano, y de las providencias dictadas por los reyes de España para el gobierno de sus nuevas posesiones, desde el primer viaje de don Cristóbal Colón, hasta que se emprendió la conquista de México*, México, Imp. de Vicente García Torres, vol. 2, 1857, p. 331.

[...] los gastos que erogaban estos aprestos eran tan crecidos, que sólo la reposición de Ulúa se calculó su presupuesto [...] en un millón quinientos treinta y seis mil pesos; y la fortificación de Antón Lizardo, en un millón doscientos cincuenta mil seiscientos cincuenta y cinco pesos. El gobierno no debe perder de vista estas anécdotas que acaso alguno tendrá por inútiles y de mera curiosidad; pero que yo las estimo necesarias para hacer uso de ellas: puedo predecir que llegará día en que estas luces guíen al gobierno, y que aprovechándose de los conocimientos de los mas sabios ingenieros españoles, sepa asegurar aquellos puntos que debe mirar como la llave de esta república con respecto a las invasiones que puedan hacerse del Norte.<sup>62</sup>

Dado que el sacerdote escribió su obra mucho antes de que Rivera y Lerdo publicaran las suyas, es posible que ambos autores basaran sus afirmaciones en

<sup>62</sup> Andrés Cavo y Carlos María de Bustamante (eds.), *Suplemento a la historia de los tres siglos de México durante el gobierno español*, México, Imprenta de la Testamentaria de D. Alejandro Valdés, t. III, 1836, p. 6.

el texto de aquél, tomando como un hecho lo que en realidad fue sólo un proyecto. Más allá de lo anterior, la única evidencia de la presencia de una fortificación en esta zona es un plano de Juan Alfaro que no tiene fecha, pero que probablemente fue dibujado a principios del XIX, pues refiere el proyecto de 1799 de García Conde para la construcción del camino de México a Veracruz.<sup>63</sup>

Ahora bien, es posible que el inmueble señalado por Alfaro haya sido una de las tantas baterías que se construyeron —y desaparecieron—<sup>64</sup> en distintos momentos en el litoral veracruzano, pues resulta inverosímil que un reducto con las dimensiones del que nos ocupa haya pasado inadvertido en los recuentos antes mencionados, pero sobre todo porque la ausencia de fortificaciones en esta área parece corroborarse con lo asentado por Mora y Villamil, quien en 1824 inspeccionó el estado de las defensas en las costas del Golfo de México y dijo:

El fondeadero de Antón Lizardo es el punto más interesante que tenemos en el seno: para resguardar el puerto y ponerlo a cubierto de todo insulto se hace necesario establecer un fuerte en la costa en el terreno más capaz, entre la punta de Antón Lizardo y el río salado chico, un sistema de baterías que defiendan todo este espacio y se defiendan mutuamente.<sup>65</sup>

Conjeturas aparte, una década más tarde el aparato defensivo montado por el gobierno mexicano fue insuficiente para detener la marcha del ejérci-

<sup>63</sup> “Mapa que comprende las dos provincias de Xalapa y Córdoba y los caminos que bajan por ellas de México a Veracruz y los proyectos que en varios tiempos se han hecho”, Juan Alfaro, s. f. MOYB, 2058-OYB-7261.

<sup>64</sup> Lo que ocurrió con muchas de las fortificaciones de tipo “provisional” emplazadas en varios puntos de la costa veracruzana, entre ellos Antón Lizardo, como puede deducirse de un proyecto para la construcción de una batería hecha de “fagina y tierra”. AGMM, Mex-13-7, “Plano de una batería que se proyectó en la punta de Antón Lizardo”, Pedro Ponce, 1793.

<sup>65</sup> I. Mora y Villamil y M. Mathes, *op. cit.*, p. 28.

to estadounidense, que, tras vencer los denodados esfuerzos de las armas nacionales, penetró hasta la capital del país, gracias a la ingente cantidad de recursos empleados en la invasión, la torpeza de Santa Anna y la escasez de elementos materiales y humanos en nuestras tropas, pero sobre todo por la profunda —y al parecer eterna— división de la sociedad mexicana.

### *México frente a la Intervención tripartita*

Tras la derrota, México cayó en una etapa de profunda degradación, no sólo materializada en la pérdida de la mitad de su territorio, sino por la casi total ausencia de las mínimas estructuras de gestión del Estado, lo cual acentuó su debilidad, impidiéndole entre otras cosas cumplir con los compromisos contraídos con otras naciones, que vieron en esta situación una inmejorable oportunidad para intervenir en la política interna del país, profundamente conmocionado por el prolongado enfrentamiento entre liberales y conservadores.

Durante los años siguientes, España, Inglaterra y Francia exigieron el pago de varias deudas, muchas de ellas evidentemente injustas, por lo que el gobierno mexicano rechazó sus demandas, ofreciéndoles en cambio analizar los montos requeridos y liquidar los adeudos bajo un esquema adecuado a las capacidades del país.

Esto no satisfizo las expectativas de los europeos, quienes suscribieron un pacto por el que se comprometían a presentar sus reclamaciones de manera conjunta para, en caso de una negativa, actuar en consecuencia.

Ante las objeciones de México para atender sus demandas tal y como estaban formuladas, los aliados enviaron una flotilla conformada por navíos de las tres naciones para obligar a Juárez a resolver la situación. En enero de 1862, la escuadra fondeó en Veracruz, ocupando el castillo de San Juan de Ulúa



Figura 15. Parapeto de El Chiquihuite. Fotografía de Sergio Vargas.

sin hallar resistencia, ya que las tropas mexicanas se replegaron al interior.

Para impedir el avance de los enemigos tierra adentro, Juárez ordenó que se fortificaran las posiciones de El Chiquihuite (figura 15), Puente Nacional, Cerro Gordo y Corral Falso,<sup>66</sup> así como la construcción de diversas instalaciones militares en La Soledad, donde quedó establecido el cuartel general de las armas nacionales,<sup>67</sup> a la espera de un ataque que, se pensaba, ocurriría en cualquier momento. Mientras tanto, a efecto de librar a sus hom-

<sup>66</sup> Manuel Ortuño Martínez, *El general Prim y la intervención tripartita en México. Octubre de 1861-mayo de 1862*, Puebla, Ediciones de Educación y Cultura/BUAP, 2001, pp. 300, 310.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 314.

bres del intenso calor del puerto veracruzano, las potencias invasoras enviaron a buena parte de sus tropas a algunos pueblos de los alrededores, como Medellín, San Juan, Santa Fe y Tejería.<sup>68</sup>

#### *Caso 5. La atalaya de Tejería y el complejo militar de Soledad de Doblado*

En la actualidad existe una torre en Tejería (figura 16) cuyo origen se desconoce; según Blanes, el inmueble pudo ser edificado a mediados del siglo XVII por el ingeniero Marcos Lucio; para Muñoz Espejo, la atalaya fue parte de las obras para la protec-

<sup>68</sup> *Ibidem*, pp. 209-2011, 234-235, 275, 309.



Figura 16. Atalaya de Tejería. Fotografía de Sergio Vargas.

42 |

ción del trayecto Veracruz-Córdoba.<sup>69</sup> Incluso una asociación de exploradores y promotores culturales sostiene que el edificio es un molino de trigo del siglo XVIII que funcionó como tal hasta principios del siglo XIX, el cual fue fortificado por los estadounidenses en 1846 y reutilizado por los franceses en el periodo 1862-1867.<sup>70</sup>

Este colectivo acredita su versión con un mapa de 1748 —del cual no da mayores referencias— en el que supuestamente se indica la presencia del molino, lo cual no comprueba *per se* que éste y la atalaya sean el mismo edificio ni que ambos hayan estado en la misma ubicación. En todo caso, sin pretender dar una respuesta definitiva, hay que considerar la posibilidad de que, por su morfología —similar a

<sup>69</sup> Cfr. T. Blanes, *op. cit.*, p. 191; F. Muñoz Espejo, “Fortificaciones...”, *op. cit.*, p. 42.

<sup>70</sup> Grupo “Exploración y Estudio del Camino Real Veracruz-México”.

la de los torreones construidos por los franceses en la zona de Perote—, el recinto haya sido fabricado por alguno de los ejércitos aliados que ocuparon Veracruz en 1862.

Por otra parte, en Soledad de Doblado permanecen en pie al menos dos elementos del aparentemente vasto conglomerado de fortificaciones<sup>71</sup> que existió en esta demarcación: el fortincillo de El Cerrito (figura 17a), inmueble situado literalmente encima de un templo católico y que, gracias a algunos textos<sup>72</sup> y evidencias fotográficas (figura 17c), se sabe que era parte de un *blocao* de mayor tamaño, y lo que al parecer fue un puesto de vigilancia (figura 17b), ubicado en el centro de la villa, del cual sobreviven algunos paredones cuyas troneras recuerdan a las que tenía una gran fortaleza o cuartel que, según los lugareños,<sup>73</sup> existió en la colonia Vista Alegre de esa misma localidad.

<sup>71</sup> De acuerdo con Vicente Garrido Lagunes, cronista de la localidad, en una vivienda de la población hay restos de otro recinto militar, lo que hasta el momento no ha sido posible constatar debido a la oposición del propietario del inmueble. Entrevista realizada el 30 de junio de 2017.

<sup>72</sup> A. de los D. Tiscareño, *op. cit.*, p. 133.

<sup>73</sup> Luz María Cortés Morales, directora de la Casa de Cultura de Soledad, afirma que el recinto era de planta rectangular, hecho de piedras sin labrar, con “mirillas cuadradas para disparar” en sus muros y un gran portón frontal de madera de pirul, el cual fue destruido mucho antes de la demolición de la fortaleza, ocurrida a mediados del siglo pasado. En el interior había tres cañones y algunas balas que “los chiquillos apenas podíamos mover, porque eran muy pesadas”, las cuales desaparecieron sin dejar rastro. En el centro de la edificación existía una torre de vigilancia, alta y angosta, equipada con una escalera de madera. Al lado había un túnel que, según se decía, conducía a la zona de Remojadas. De acuerdo con los vecinos, en su etapa final el inmueble permaneció abandonado, por lo que muchas veces era utilizado para actividades ilícitas. El último elemento subsistente de la fortificación fue la atalaya, que permaneció en pie durante algún tiempo hasta que finalmente fue derribada cuando se fraccionó el terreno. Cabe señalar que el recuerdo de este edificio en ocasiones se confunde con el de otro, posiblemente un aljibe o contenedor de agua de ladrillos construido a escasa distancia, que en su momento fue demolido para colocar en su lugar un enorme tanque que colapsó hace pocos años. Entrevistas realizadas el 30 de junio de 2017.

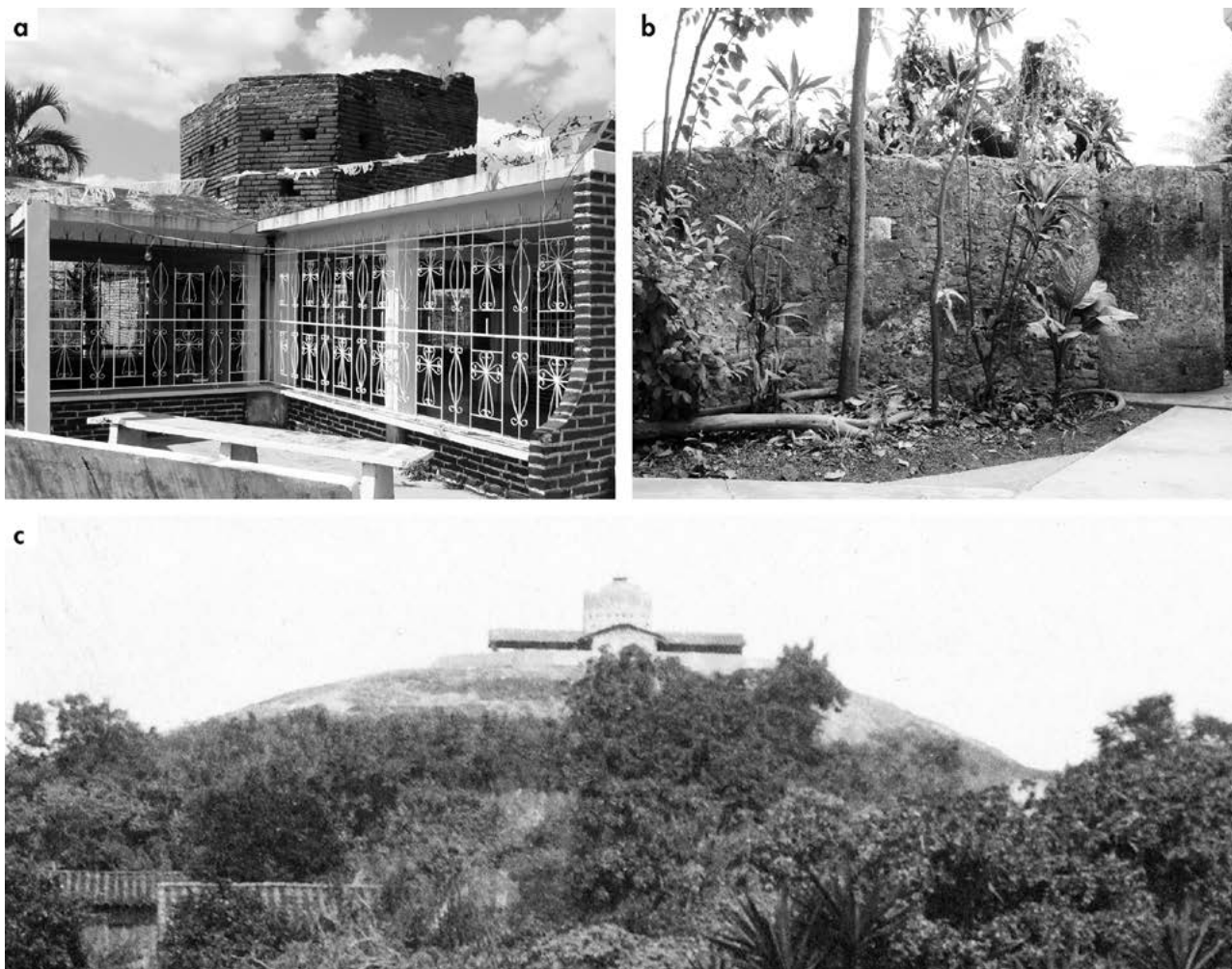


Figura 17. a) Fortincillo de El Cerrito. Fotografía de Sergio Vargas b) Puesto de vigilancia de Soledad de Doblado. Fotografía de Sergio Vargas. c) Fortaleza de La Soledad. Fotografía de la Fototeca Nacional del INAH, 460524.

#### *De la intervención tripartita a la Intervención francesa*

Pese a la gravedad de la situación y lo complicado de las negociaciones, durante las siguientes semanas los contendientes mantuvieron la calma, por lo que, a petición de los negociadores de la alianza, que temían que el clima de Veracruz acabara con sus tropas, Juárez permitió que los extranjeros se desplazaran a Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con la condición de que, en caso de un rompimiento, regresaran a sus posiciones iniciales.<sup>74</sup>

<sup>74</sup> M. Ortuño Martínez, *op. cit.*, pp. 323-324.

El desenlace de la historia es de sobra conocido: tras llegar a un acuerdo con el gobierno mexicano, españoles e ingleses abandonaron el país, no así Francia, que, gobernada por Napoleón III —quien deseaba emular los proyectos imperiales de su tío y pretendía extender su influencia en América—, inició una invasión total del territorio, aprovechándose de la debilidad del gobierno mexicano, la complicidad de ciertos sectores conservadores y, sobre todo, de que Estados Unidos se hallaba en plena guerra civil, lo cual le impedía responder adecuadamente a sus acciones.

Así, durante los años siguientes México enfrentó a un enemigo técnica y logísticamente muy superior



—reforzado además con abultados contingentes de tropas austriacas, belgas y húngaras—, pero que a pesar de su poderío fue incapaz de vencer a las fuerzas republicanas, que recurrieron a la táctica de la “guerra de guerrillas” para mantenerse en la pelea, hasta que la cada vez más belicosa actitud de Estados Unidos y la inminencia de una guerra contra Prusia obligaron al emperador francés a retirar sus tropas, permitiéndole a Juárez recobrar la iniciativa, logrando en poco tiempo arrinconar en Querétaro a los restos del ejército imperial, cuya derrota se consumó con el fusilamiento de Maximiliano en 1867.

#### *Caso 7. Las fortificaciones francesas y mexicanas de la Intervención*

En la actualidad, a lo largo y ancho de las dos rutas del viejo Camino Nacional existen múltiples edificios que dan cuenta de la heroica lucha del pueblo mexicano para conservar su independencia: en la zona de Perote se encuentran las haciendas de San José de los Molinos y Tenex-tepec, usadas como cuarteles por los franceses;<sup>75</sup> y en Xalapa, el garitón del cerro de Macuiltépetl (figura 18), único remanente de las obras de defensa levantadas por los austriacos en este punto, las cuales incluían otros garitones y una torre que al parecer fue derribada “durante el segundo periodo gubernamental del general Adalberto Tejeda [...] para erigir el Mausoleo de los Agraristas”.<sup>76</sup>

No obstante, en el itinerario Orizaba-Veracruz se halla la mayoría de los inmuebles correspondientes a este episodio, como las trincheras en la circunscripción de Atoyac (figura 19a) y los remanentes del bastión ocupado por los galos en Orizaba (figura 19b), así como las ruinas de un fortín (figura 19c) erigido por el ejército nacional en el cerro del Borrego —situado

<sup>75</sup> Genaro García, *La intervención francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine*, México, Porrúa, 1973, p. 57.

<sup>76</sup> W. Boone y C. Boone, *op. cit.*, pp. 48-51.



Figura 18. Garitón de Macuiltépetl, Xalapa. Fotografía de Sergio Vargas.

en esta misma ciudad—, donde los mexicanos sufrieron una dura derrota en junio de 1862. A éstos cabría agregar los remanentes del ¿cuartel? ubicado en el área de “Fortín viejo”, que hoy en día forman parte de una estancia particular (figura 19d). Si bien no se sabe quién o en qué fecha lo construyó, es posible deducir, por su morfología, que fue edificado en las décadas finales del siglo XIX, o bien a principios del XX.

#### **El ocaso de la arquitectura militar en México**

Concluida la aventura francesa, el país continuó inmerso en una dinámica de inestabilidad que sólo amainó con la llegada de Porfirio Díaz al poder, cuyo dilatado gobierno representó un periodo de relativa tranquilidad, si bien no exento de numerosos episodios que dejaban ver la naturaleza autocrática —y en demasiadas ocasiones brutal— del régimen. En consecuencia, durante esta etapa muchas de las for-



Figura 19. a) Trincheras de Atoyac. Fotografía de Andrés Fernández. b) Cuartel de Orizaba. c) Fortín del cerro del Borrego. d) Bastión de Fortín Viejo. Fotografías de Sergio Vargas.

tificaciones y edificios militares pasaron a manos de los ayuntamientos e incluso de algunos particulares, quienes en los casos más afortunados las adaptaron para nuevos usos, pero que en otros las abandonaron debido a la onerosa inversión que se requería para su mantenimiento.<sup>77</sup>

Así, la destrucción de la muralla de Veracruz en 1880 (figuras 20a y 20b) marcó el fin de una época y el inicio de otra, caracterizada por las ideas de modernidad, orden y progreso. La estabilidad interna impuesta

<sup>77</sup> Como ocurrió, por ejemplo, con los edificios militares ubicados a los pies del cerro de Macuiltépetl, en Xalapa, demolidos a principios del siglo XIX para construir en su lugar un lazareto para los enfermos de escarlatina. Archivo Histórico Municipal de Xalapa (AHMX), c. 74, exp. 7.

por el porfirismo, el pleno reconocimiento del Estado mexicano en el concierto internacional y los avances en tecnología militar hicieron obsoletos los recintos fortificados que, salvo contadas excepciones, quedaron relegados, considerados vestigios de un pasado que quiso sepultarse bajo las vías del desarrollo:

[...] el aumento adquirido por el comercio porteño con motivo del ferrocarril, demandaba el crecimiento de la ciudad, para lo cual se hacía necesario derrumbar esa triste y lóbrega muralla, muro anacrónico que impedía ese crecimiento y que ya carecía de objeto.<sup>78</sup>

<sup>78</sup> Manuel B. Trens, *Historia de la H. ciudad de Veracruz y de su Ayuntamiento*, México, AGN, 1955, p. 152.

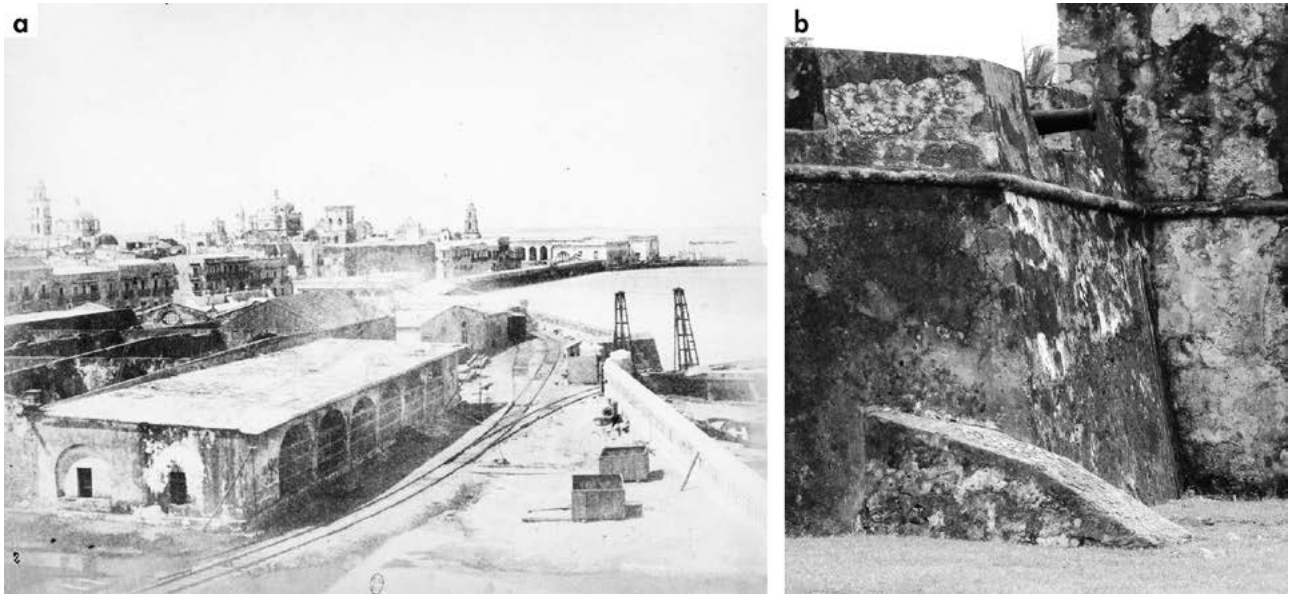


Figura 20. a) Vera Cruz. Fuente: E. Leroy, *Quelques vues du Mexique*, 1867. b) Adherido a los muros del baluarte de Santiago se halla lo que supuestamente es uno de los dos últimos segmentos de la muralla que permanecen en pie. Fotografía de Sergio Vargas.

## Epílogo: el siglo xx

La relativa calma de la etapa porfirista se vio abruptamente interrumpida en 1910 con la proclamación del Plan de San Luis, que si bien en pocos meses dio fin a la dictadura de Díaz, marcó el inicio de una nueva fase de inestabilidad y violencia entre los diferentes bandos que durante el primer tercio del siglo xx buscaron hacerse del control político y militar del país. Esto devino una serie de movimientos armados y asonadas que hoy en día se han “encuadrado” de manera genérica en la que historiográficamente se ha denominado como Revolución Mexicana.

Fue de esta manera como durante este periodo se erigieron las que probablemente hayan sido las últimas fortificaciones levantadas en el estado de Veracruz y tal vez en todo México, tanto en el área de Paso de Ovejas, donde Félix Díaz proclamó el Plan de Tierra Colorada (1916), como en Ayahualulco y la vecina ranchería de El Triunfo, donde por las mismas fechas el líder agrarista Valerio Ruiz construyó varios torreones (figura 21) para la custodia de la

zona,<sup>79</sup> los cuales una década más tarde serían reutilizados por el general Arnulfo R. Gómez y sus partidarios en su lucha contra el ejército federal (1927).<sup>80</sup>

### *Inmuebles civiles con elementos propios de la arquitectura militar*

Como parte de este recorrido, hay que mencionar que, además del vasto conjunto de fortificaciones e inmuebles militares reseñado, hay numerosas edificaciones que, sin ser netamente castrenses, cuentan con elementos propios de la arquitectura militar, como un silencioso recordatorio del impacto que tuvieron los numerosos conflictos bélicos y disturbios sociales acaecidos en la región, y de la manera en que tales sucesos trastocaron la vida de las comunidades.

Esto resulta evidente en la comarca de Perote, donde se levantan varios edificios que ostentan diver-

<sup>79</sup> Víctor Cuauhtémoc Aguilar Fernández, *Ayahualulco, “El corazón de las montañas”*, Xalapa, Industria Gráfica Internacional, 2010, p. 25.

<sup>80</sup> *Ibidem*, pp. 55-58.



Figura 21. Torreón de Ayahualulco. Fotografía de Sergio Vargas.

esos elementos fortificados, como garitones, mediosgaritones e incluso enormes torreones, que le dan a estos edificios (figuras 22a, 22b y 22c) una figura que nos remite a la de los presidios del septentrión novohispano. Si bien en algunos casos se cuenta con ciertos indicios<sup>81</sup> que explican el porqué de la colocación de dichos componentes, en otros no se dispone de dato alguno, por lo que las razones de su edificación —y la antigüedad misma de los recintos— permanecen en el misterio.

<sup>81</sup> Tal es el caso del “fortín” de Cerro del León, inmueble que posiblemente fue habilitado como cuartel por el general Manuel Rincón en 1828, en el curso de su campaña contra Santa Anna, luego de que éste proclamó el Plan de Perote. Manuel Rincón, *El general Manuel Rincón justificado a los ojos de los mexicanos imparciales de las imputaciones calumniosas y gratuitas que el excelentísimo señor general don Manuel Gómez Pedraza le hace en su manifiesto publicado en Nueva Orleans el 17 de marzo de 1831*, México, Oficina de Alejandro Valdés, 1831, pp. 23.

Algo similar ocurre en el centro histórico de Xalapa, donde subsisten al menos dos garitones (figuras 23a y 23b) erigidos a principios del siglo XIX, tal vez con la idea de avistar con antelación la llegada del enemigo, o bien, según la interpretación de algunos investigadores, para servir como observatorios astronómicos.<sup>82</sup>

En fechas más recientes, estos elementos inspiraron la construcción de otros parecidos que tuvieron una función meramente decorativa, pero que por su forma han sido equiparados con los primeros, de manera que se les ha atribuido una antigüedad —y en consecuencia un valor histórico— con la que no cuenta.

<sup>82</sup> Juan José Ramírez Anaya, *Centro histórico de la ciudad de Xalapa de Enríquez, Veracruz*, Xalapa, INAH/Ayuntamiento de Xalapa, 1986-1988, p. 41.

A los anteriores podrían agregarse otros edificios que se localizan en los trayectos Perote-Puebla y Orizaba-Puebla, que tal vez funcionaron como puestos de vigilancia, casas de guardia o incluso garitas de recaudación fiscal, similares a las que hubo en muchas poblaciones a lo largo de los itinerarios Ve-

racruz-Orizaba y Veracruz-Xalapa en los siglos xviii y xix; lamentablemente, tal como sucede con otros inmuebles ubicados en la zona de Perote (figuras 24a y 24b), hasta el momento se carece de información sustantiva que nos permita esclarecer su función precisa.



Figura 22. a) Hacienda de San Antonio, Limón Totalco. b) "Fortín" de Cerro del León. c) Hacienda de Tenextepec. Fotografías de Sergio Vargas.



Figura 23. a) Garitón I, Xalapa. b) Garitón II, Xalapa. Fotografías de Sergio Vargas.

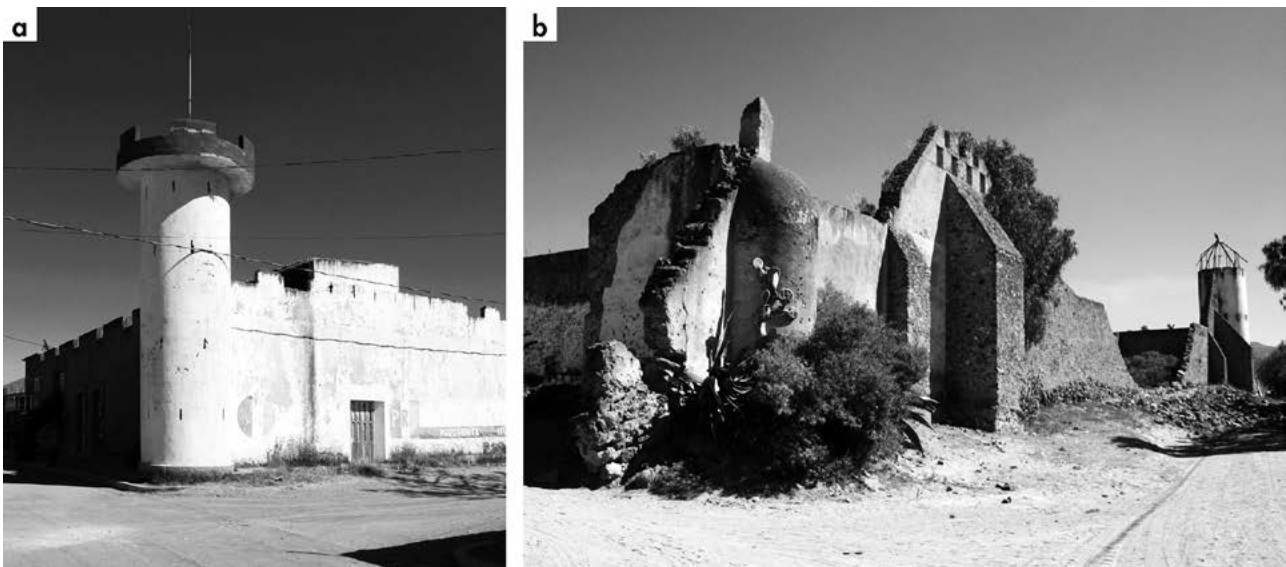


Figura 24. a) Recinto fortificado de La Gloria. b) Hacienda de Cuautotlopan. Fotografías de Sergio Vargas.

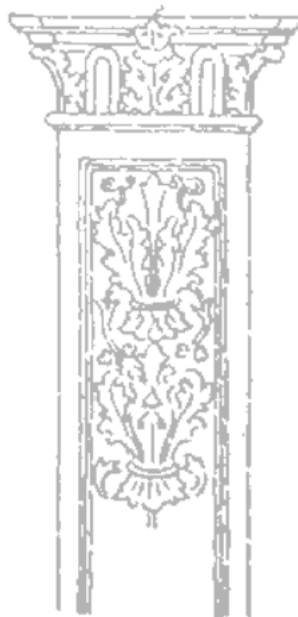
---

## Conclusiones

A diferencia de entidades como Puebla, Campeche, Tamaulipas, Sinaloa, Morelos y Guerrero, cuyas fortificaciones por lo general corresponden a un periodo específico de la historia nacional, el patrimonio fortificado de Veracruz engloba prácticamente todas las distintas etapas de la trayectoria de México como Estado-nación, en un periplo que va desde la casafuerte de Quiahuiztlán, edificada por Cortés en los albores de la Colonia, hasta la atalaya de Ayahualulco, construida en plena Revolución Mexicana, pasando por las grandes fortalezas de San Juan de Ulúa y San Carlos de Perote, levantadas en el esplendor del dominio español, y los fortines edificados por realistas e insurgentes en el transcurso de la guerra de Independencia, así como por las pequeñas obras de campaña erigidas durante la Intervención francesa.

Lo anterior no sólo explica el carácter único de este patrimonio, sino que permite entender su significativa importancia histórica y cultural y los valores —técnicos, estilísticos, paisajísticos, sociales y educativos— inherentes a los elementos que lo integran y, por lo tanto, la necesidad de revalorar un conjunto de inmuebles que por su trascendencia debe ser estudiado, difundido y resguardado. Al respecto, es pertinente recordar las palabras de Díaz Capmany cuando, en relación con la fortificación abaluartada, escribe:

[...] merece ser conocida, no sólo por sus indiscutibles valores arquitectónicos, sino también porque, ligada íntimamente a los acontecimientos políticos y sociales de su época, constituye un irremplazable testimonio del nacimiento y consolidación de los Estados modernos.<sup>83</sup>



<sup>83</sup> Carlos Díaz Capmany, *La fortificación abaluartada. Una arquitectura militar y política*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004, p. 15.